

RASHOMON
Y OTROS CUENTOS



Ryunosuke Akutagawa



RASHOMON Y OTROS CUENTOS

RYUNOSUKE AKUTTAGAWA

Ryunosuke akutagawa

Rashomon y otros cuentos



Ryunosuke Akutagawa

Ryūnosuke Akutagawa nació el 1 de marzo de 1982 en *Kyōbashi*, Tokio, Japón. En su último año de universidad, publicó su cuento más célebre *Rashomon* (1915), y en 1916 obtuvo su doctorado con una tesis sobre William Morris. Su obra estuvo influenciada por los clásicos de la literatura japonesa, china y europea.

Escribió más de cien relatos, ensayos, crónicas de viaje y páginas de diario, los cuales fueron traducidos y le dieron fama mundial por su estilo versátil. Entre sus obras más importante se encuentran *La naríz* (1915), *El biombo del infierno* (1916), *En el bosque* (1922), *La vida de un idiota* (1927), *Los engranajes* (1927), *Kappa* (1927), entre otros.

Murió el 24 de julio de 1927, a la edad de 35 años, producto de una sobredosis de pastillas. Akutagawa dejó una carta titulada «Carta a un viejo amigo», en la que explica los motivos de su suicidio. Actualmente, es considerado como el padre del cuento japonés. Incluso, en 1935, se creó el Premio Akutagawa, el cual es considerado uno de los premios de literatura más prestigiosos de Japón.

Rashomon y otros cuentos
Ryunosuke Akutagawa

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Melissa Tatiana Mendoza Gómez
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

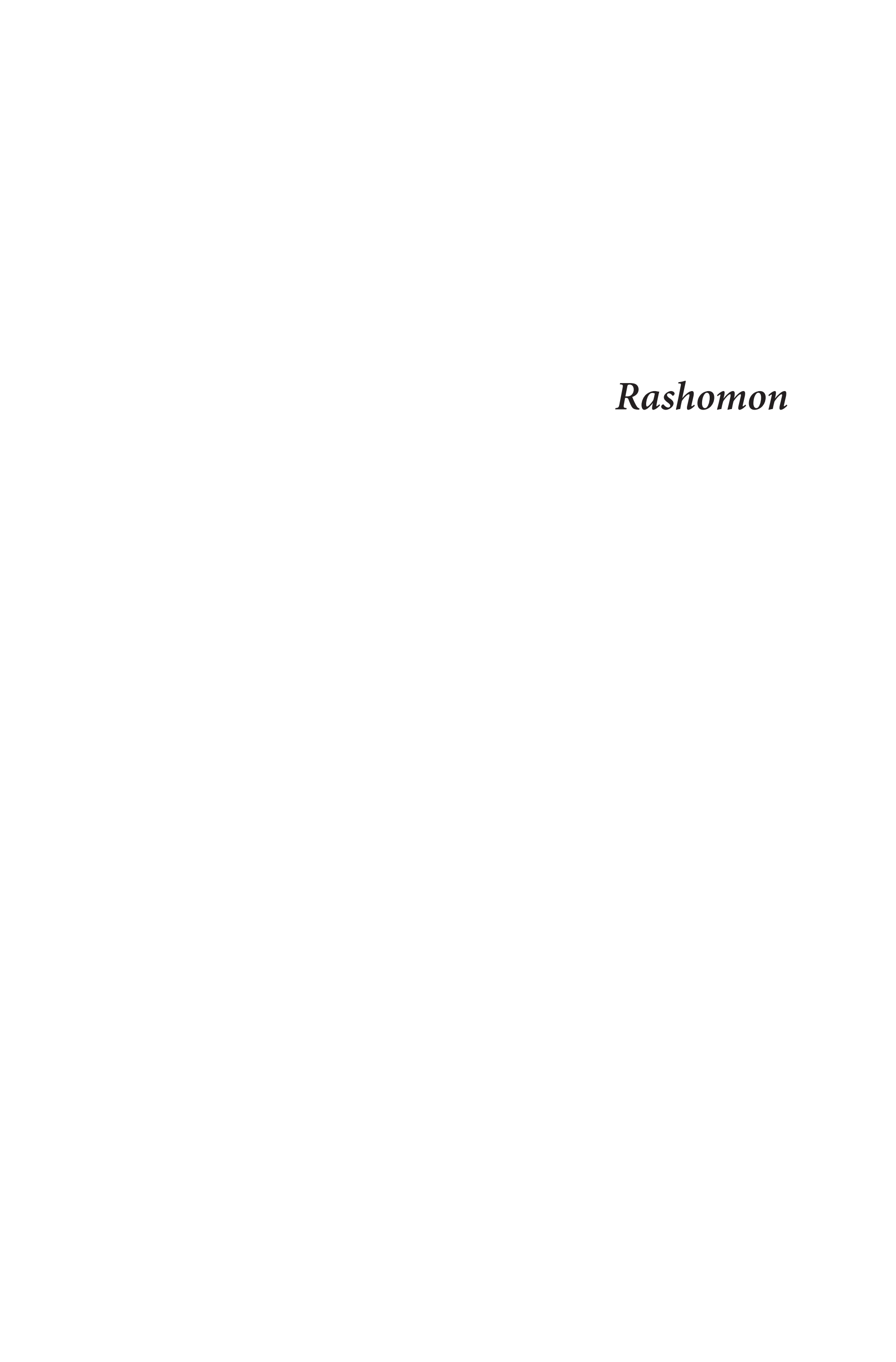
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



Rashomon

Era un frío atardecer.

Bajo *Rashomon*[1], el sirviente de un samurái[2] esperaba que cesara la lluvia. No había nadie en el amplio portal. Solo un grillo se posaba en una gruesa columna, cuya laca carmesí estaba resquebrajada en algunas partes. Situado *Rashomon* en la avenida *Sujaku*[3], era de suponer que algunas personas, como ciertas damas con el *ichimegasa*[4] o nobles con el *momieboshi*[5], podrían guarecerse allí; pero al parecer no había nadie fuera del sirviente. Y era explicable, ya que en los últimos dos o tres años la ciudad de Kioto había sufrido una larga serie de calamidades: terremotos, tifones, incendios y carestías la habían llevado a una completa desolación. Dicen los antiguos textos que la gente llegó a destruir las imágenes budistas y otros objetos de culto, y esos trozos de madera, laqueada y adornada con hojas de oro y plata, se vendían en las

---

1 Era el pórtico de acceso más grande de Kioto, situado al sur de la ciudad, en un extremo de la avenida Sujaku.

2 Denominación aplicada a aquellos que pertenecían a la casa militar, y a quienes se le permitía llevar espada.

3 Gran avenida que dividía en dos partes la ciudad de Kioto.

4 Sombrero antiguo para dama, de paja o tela laqueada, según la clase social. Designa a la dama que emplea dicho sombrero.

5 Antiguo gorro empleado por los nobles y samuráis. Designa a los nobles o samuráis que llevan dicho gorro.

calles como leña. Ante semejante situación, resultaba natural que nadie se ocupara de restaurar *Rashomon*. Aprovechando la devastación del edificio, los zorros y otros animales instalaron sus madrigueras entre las ruinas; por su parte, ladrones y malhechores no los desdeñaron como refugio, hasta que finalmente se lo vio convertido en depósito de cadáveres anónimos. Nadie se acercaba por los alrededores al anochecer, más que nada por su aspecto sombrío y desolado.

En cambio, los cuervos acudían en bandadas desde los más remotos lugares. Durante el día, volaban en círculo alrededor de la torre, y en el cielo enrojecido del atardecer sus siluetas se dispersaban como granos de sésamo antes de caer sobre los cadáveres abandonados.

Pero ese día no se veía ningún cuervo, tal vez por ser demasiado tarde. En la escalera de piedra, que se derrumbaba a trechos y entre cuyas grietas crecía la hierba, podían verse los blancos excrementos de estas aves. El sirviente vestía un gastado kimono azul, y sentado en el último de los siete escalones contemplaba distraídamente la lluvia, mientras concertaba su atención en el grano de la mejilla derecha.

Como decía, el sirviente estaba esperando que cesara la lluvia, pero de cualquier manera no tenía ninguna idea precisa de lo que haría después. En circunstancias normales, lo natural habría sido volver a casa de su amo, pero unos días antes este lo había despedido, a pesar de los largos años que había estado a su servicio. El suyo era uno de los tantos problemas surgidos del precipitado derrumbe de la prosperidad en Kioto.

Por eso quizás hubiera sido mejor aclarar: «el sirviente espera en el portal sin saber qué hacer, ya que no tiene adónde ir». Es cierto que, por otra parte, el tiempo oscuro y tormentoso había deprimido notablemente el *sentimentalisme*[6] de este sirviente de la época *Heian*[7].

Había comenzado a llover al mediodía, y todavía continuaba después del atardecer. Perdido en un mar de pensamientos incoherentes, buscando algo que le permitiera vivir desde el día siguiente y la manera de orar frente a ese inexorable destino que tanto lo deprimía, el sirviente escuchaba, abstraído, el ruido de la lluvia sobre la avenida Sujaku.

---

6 Traducción original.

7 Época histórica que empieza con la fundación de la capital Heain (ahora Kioto) en 794 d.C. y termina con el establecimiento de un gobierno militar en Kamakura, en 1185.

La lluvia parecía recoger su ímpetu desde lejos, para descargarlo estrepitosamente sobre *Rashomon*, como envolviéndolo. Alzando la vista, en el cielo oscuro se veía una pesada nube suspendida en el borde de una teja inclinada.

—Para escapar a esta maldita muerte —pensó el sirviente—, no puedo esperar a elegir un medio, ni bueno ni malo, pues si empezara a pensar sin duda me moriría en alguna zanja; luego me traerían aquí, a esta torre, dejándome tirado como a un perro. Pero si no elijo… —Su pensamiento, tras mucho rondar la misma idea, había llegado por fin a este punto. Pero «si no elijo» quedó fijo en su mente. Aparentemente estaba dispuesto a emplear cualquier medio, pero al decir «si no…» demostró no tener el valor suficiente para confesarse rotundamente—. No me queda otro remedio que convertirme en ladrón.

Lanzó un fuerte estornudo y se levantó con lentitud. El frío anochecer de Kioto hacía añorar el calor del fuego. El viento, en la penumbra, gemía entre los pilares. El grillo que se posaba en la gruesa columna había desaparecido.

Con la cabeza metida entre los hombros paseó la mirada en torno del edificio; luego levantó las hombreras

del kimono azul que llevaba sobre una delgada ropa interior. Se decidió por fin a pasar la noche en algún lugar que le permitiera guarecerse de la lluvia y del viento, en donde nadie lo molestara.

El sirviente descubrió otra escalera ancha, también laqueada, que parecía conducir a la torre. Ahí arriba nadie lo podía molestar, excepto los muertos. Cuidando de que no se deslizara su catana[8] de la vaina sujeta a la cintura, el sirviente puso su pie calzado con *zori*[9] sobre el primer peldaño.

Minutos después, en mitad de la amplia escalera que conducía a la torre de *Rashomon*, un hombre acurrucado con un gato, con la respiración contenida, observaba lo que sucedía más arriba. La luz procedente de la torre brillaba en la mejilla del hombre; una mejilla que bajo la corta barba descubría un grano colorado, purulento. El hombre, es decir, el sirviente, había pensado que dentro de la torre solo hallaría cadáveres, pero subiendo dos o tres escalones notó que había luz, y que alguien la movía de un lado a otro. Lo supo cuando vio un reflejo

---

8 Espada japonesa.

9 Calzado similar a la sandalia, hecho en base a paja de arroz.

mortecino, amarillento, oscilando de un modo espectral en el techo cubierto de telarañas. ¿Qué clase de persona encendería esa luz en *Rashomon*, en una noche de lluvia como aquella?

Silencioso como un lagarto, el sirviente se arrastró hasta el último peldaño de la empinada escalera. Con el cuerpo encogido todo lo posible y el cuello estirado, observó medrosamente el interior de la torre.

Confirmando los rumores, vio allí algunos cadáveres tirados negligentemente en el suelo. Como la luz de la llama iluminaba escasamente a su alrededor, no pudo, distinguir la cantidad; únicamente pudo ver algunos cuerpos vestidos y otros desnudos de hombres y mujeres. Los hombros, el pecho y otras partes recibían luz agonizante, que hacía más densa la sombra en los restantes miembros. Unos con la boca abierta, otros con los brazos extendidos, ninguno daba más señales de vida que un muñeco de barro. Al verlos entregados a ese silencio eterno, el sirviente dudó que hubiesen vivido alguna vez.

El hedor que despedían los cuerpos ya descompuestos le hizo llevar rápidamente la mano a la nariz, pero un

instante después olvidó ese gesto. Una impresión más violenta anuló su olfato al ver que alguien estaba inclinado sobre los cadáveres.

Era una vieja escuálida, canosa y con aspecto de mona, vestida con un kimono de tono de ciprés. Sosteniendo con la mano derecha una tea de pino, observaba el rostro de un muerto, que por su larga cabellera parecía una mujer.

Poseído más por el horror que por la curiosidad, el sirviente contuvo la respiración por un instante, sintiendo que se le erizaban los pelos. Mientras observaba aterrado, la vieja colocó su tea entre dos tablas del piso, y sosteniendo con una mano la cabeza que había estado mirando, con la otra comenzó a arrancarle el cabello, uno por uno; parecía desprenderse fácilmente.

A medida que el cabello se iba desprendiendo, cedía gradualmente el miedo del sirviente; pero al mismo tiempo se apoderaba de él un incontenible odio hacia esa vieja. Ese odio —pronto lo comprobó— no iba dirigido solo contra la vieja, sino contra todo lo que simbolizase «el mal», por el que ahora sentía vivísima repugnancia. Si en ese instante le hubiera sido dado elegir entre morir

de hambre o convertirse en ladrón —el problema que él mismo se había planteado hacía unos instantes— no habría vacilado en elegir la muerte. El odio y la repugnancia ardían en él tan vívidamente como la tea que había clavado en el piso.

Él no sabía por qué aquella vieja robaba cabellos; por consiguiente, no podía juzgar su conducta. Pero a los ojos del sirviente, despojar de las cabelleras a los muertos de *Rashomon*, y en una noche de tormenta como esa, cobraba toda la apariencia de un pecado imperdonable. Naturalmente, este nuevo espectáculo le había hecho olvidar que solo momentos antes él mismo había pensado en hacerse ladrón.

Reunió todas sus fuerzas en las piernas, y saltó con agilidad desde su escondite; con la mano en su catana, en una zancada se plantó ante la vieja. Esta se volvió aterrada, y al ver al hombre retrocedió bruscamente, tambaleándose.

—¡¿Adónde vas, vieja infeliz?! —gritó cerrándole el paso, mientras intentaba huir pisoteando los cadáveres.

La suerte estaba echada. Tras un breve forcejeo el hombre tomó a la vieja por el brazo (de puro hueso y piel, más bien parecía una pata de gallina), se lo retorció, y la arrojó al suelo con violencia:

—¿Qué estabas haciendo? Contesta, vieja; si no, hablará esto por mí.

Diciendo esto, el sirviente la soltó, desenvainó su catana y puso el brillante metal frente a los ojos de la vieja. Pero esta guardaba un silencio malicioso, como si fuera muda. Un temblor histérico agitaba sus manos y respiraba con dificultad, con los ojos desorbitados. Al verla así, el sirviente comprendió que la vieja estaba a su merced. Y al tener conciencia de que una vida estaba librada al azar de su voluntad, todo el odio que había acumulado se desvaneció, para dar lugar a un sentimiento de satisfacción y de obtener la merecida recompensa. Miró el sirviente a la vieja y suavizando algo la voz, le dijo:

—Escucha. No soy ningún funcionario del *Keibiishi*[10]. Soy un viajero que pasaba accidentalmente por este lugar.

10 Alto Comisariato instituido por la Corte Imperial en el año 816, como medida contra los perturbadores del orden.

Por eso, no tengo ningún interés en prenderte o en hacer contigo nada en particular. Lo que quiero es saber qué estabas haciendo aquí hace un momento.

La vieja abrió más los ojos y clavó su mirada en el hombre, una mirada sarcástica, penetrante, con esos ojos sanguinolentos que suelen tener ciertas aves de rapiña. Luego, como masticando algo, movió los labios, unos labios tan arrugados que casi se confundían con la nariz. La punta de la nuez se movió en la garganta huesuda. De pronto, una voz áspera y jadeante como el graznido de un cuervo llegó a los oídos del sirviente:

—Yo sacaba los cabellos… sacaba los cabellos… para hacer pelucas…

Ante una respuesta tan simple y mediocre el sirviente se sintió defraudado. La decepción hizo que el odio y la repugnancia lo invadieran nuevamente, pero ahora acompañados por un frío desprecio. La vieja pareció adivinar lo que el sirviente sentía en ese momento y, conservando en la mano los largos cabellos que acababa de arrancar, murmuró con su voz sorda y ronca:

—Ciertamente, arrancar los cabellos a los muertos puede parecerle horrible, pero ninguno de estos merece

ser tratado de mejor modo. Esa mujer, por ejemplo, a quien le saqué estos hermosos cabellos negros, acostumbraba vender carne de víbora desecada en la barraca de los guardianes, haciéndola pasar nada menos que por pescado. Los guardianes decían que no conocían pescado más delicioso. No digo que eso estuviera mal, pues de otro modo se hubiera muerto de hambre. ¿Qué otra cosa podía hacer? De igual modo, podría justificar lo que yo hago ahora. No tengo otro remedio si quiero seguir viviendo. Si ella llegara a saber lo que le hago, posiblemente me perdonaría.

Mientras tanto el sirviente había guardado su catana, y con la mano izquierda apoyada en la empuñadura, la escuchaba fríamente; la derecha tocaba nerviosamente el grano purulento de la mejilla. Y en tanto la escuchaba, sintió que le nacía cierto coraje, el que le faltó momentos antes bajo el portal. Además, ese coraje crecía en dirección opuesta al sentimiento que lo había dominado en el instante de sorprender a la vieja. El sirviente no solo dejó de dudar (entre elegir la muerte o convertirse en ladrón), sino que, en ese momento, el tener que morir de hambre se había convertido para él en una idea absurda, algo por completo ajeno a su entendimiento.

—¿Estás segura de lo que dices? —preguntó en tono malicioso y burlón.

De pronto quitó la mano del grano, avanzó hacia ella y tomándola por el cuello le dijo con rudeza:

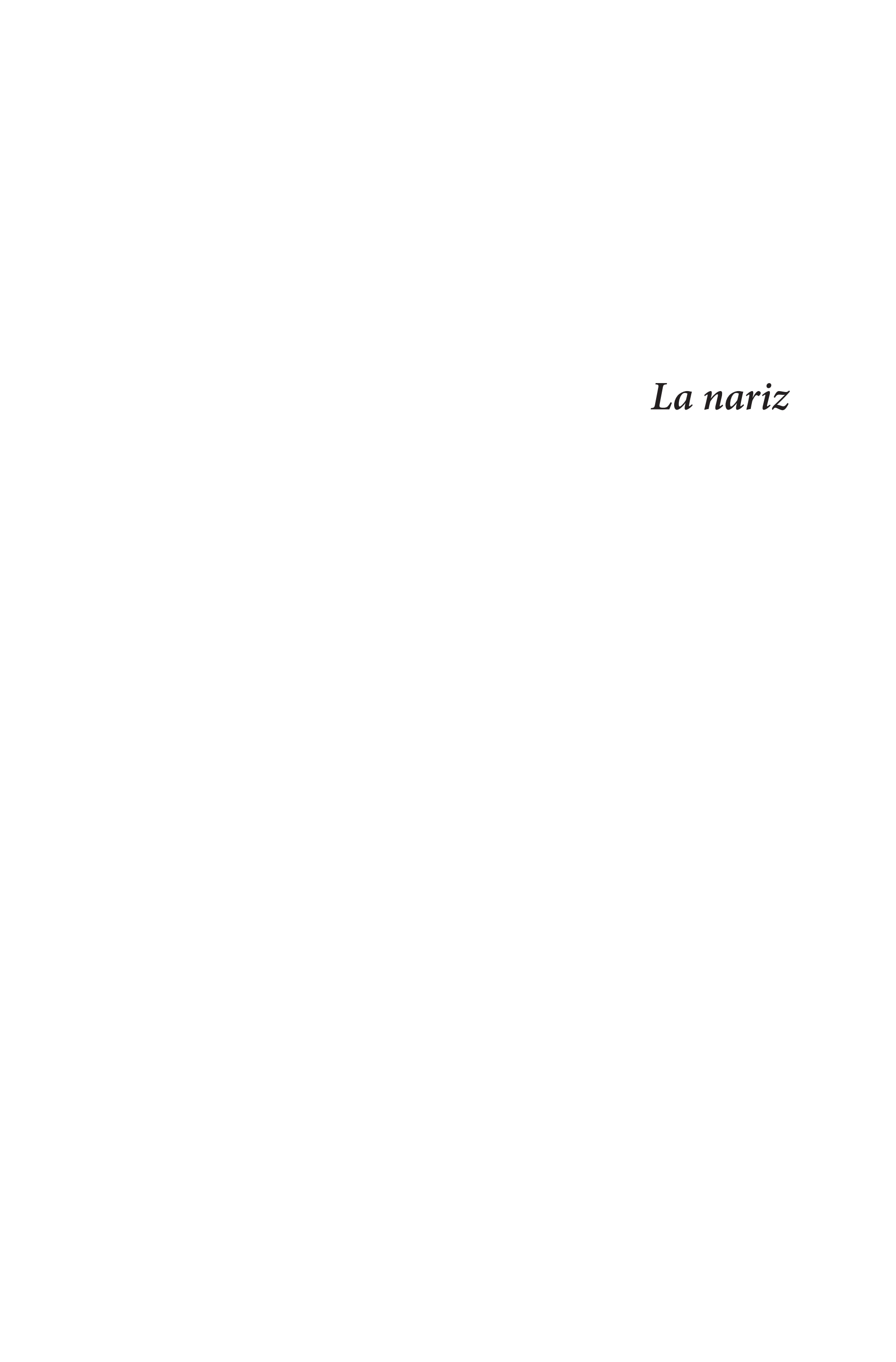
—Y bien, no me guardarás rencor si te robo, ¿verdad? Si no lo hago, también yo me moriré de hambre.

Seguidamente, despojó a la vieja de sus ropas, y como ella trató de impedirlo aferrándose a sus piernas, de un puntapié la arrojó entre los cadáveres. En cinco pasos el sirviente estuvo en la boca de la escalera, y en un abrir y cerrar de ojo, con la amarillenta ropa bajo el brazo, descendió los peldaños hacia la profundidad de la noche.

Un momento después la vieja que había estado tendida como un muerto más, se incorporó desnuda. Gruñendo y gimiendo, se arrastró hasta la escalera, a la luz de la antorcha que seguí ardiendo. Asomó la cabeza al oscuro vació y los cabellos blancos le cayeron sobre la cara.

Abajo, solo la noche negra y muda.

Adónde fue el sirviente, nadie lo sabe.



La nariz

No hay nadie, en todo *Ike-no-wo*, que no conozca la nariz de Zenchi Naigu. Medirá unos 16 centímetros, y es como un colgajo que desciende hasta más abajo del mentón. Es de grosor parejo desde el comienzo al fin; en una palabra, una cosa larga, con aspecto de embutido, que le cae desde el centro de la cara.

Naigu tiene más de 50 años, y desde sus tiempos de novicio, y aun encontrándose al frente de los seminarios de la Corte, ha vivido constantemente preocupado por su nariz. Por cierto que simula la mayor indiferencia, no ya porque su condición de sacerdote «que aspira a la salvación en la Tierra Pura del Oeste» le impida abstraerse en tales problemas, sino más bien porque le disgusta que los demás piensen que a él le preocupa. Naigu teme la aparición de la palabra nariz en las conversaciones cotidianas.

Existen dos razones para que a Naigu le moleste su nariz. La primera de ellas: la gran incomodidad que provoca su tamaño. Esto no le permitió nunca comer solo, pues la nariz se le hundía en las comidas. Entonces Naigu hacía sentar mesa por medio a un discípulo, a quien le ordenaba sostener la nariz con una tablilla

de unos cuatro centímetros de ancho y sesenta y seis centímetros de largo mientras duraba la comida. Pero comer en esas condiciones no era tarea fácil ni para el uno ni para el otro. Cierta vez, un ayudante que reemplazaba a ese discípulo estornudó, y al perder el pulso, la nariz que sostenía se precipitó dentro de la sopa de arroz. La noticia se propaló hasta llegar a Kioto, pero no eran esas pequeñeces la verdadera causa del pesar de Naigu. Le mortificaba sentirse herido en su orgullo a causa de la nariz.

La gente del pueblo opinaba que Naigu debía de sentirse feliz, ya que al no poder casarse, se beneficiaba como sacerdote; pensaban que con esa nariz ninguna mujer aceptaría unirse a él. También se decía, maliciosamente, que él había decidido su vocación justamente a raíz de esa desgracia, pero ni el mismo Naigu pensó jamás que el tomar los hábitos le aliviara esa preocupación. Sin embargo, la dignidad de Naigu no podía ser turbada por un hecho tan accesorio como podía ser el de tomar una mujer. De ahí que tratara, activa o pasivamente, de restaurar su orgullo mal herido.

En primer lugar, pensó en encontrar algún modo de que la nariz aparentara ser más corta. Cuando se encontraba

solo, frente al espejo, estudiaba su cara detenidamente desde diversos ángulos. Otras veces, no satisfecho con cambiar de posiciones, ensayaba pacientemente apoyar la cara entre las manos, o sostener con un dedo el centro del mentón. Pero, lamentablemente, no hubo una sola vez en que la nariz se viera satisfactoriamente más corta de lo que era. Ocurría, además, que cuando más se empeñaba, más larga la veía cada vez. Entonces guardaba el espejo y, suspirando hondamente, volvía descorazonado a la mesa de oraciones. De allí en adelante mantuvo fija su atención en la nariz de los demás.

En el templo de *lke-no-wo* funcionaban frecuentemente seminarios para los sacerdotes; en el interior del templo existen numerosas habitaciones destinadas a alojamiento, y las salas de baños se habilitan en forma permanente. De modo que allí el movimiento de sacerdotes era continuo. Naigu escrutaba pacientemente la cara de todos ellos con la esperanza de encontrar siquiera una persona que tuviera una nariz semejante a la suya. Nada le importaban los lujosos hábitos que vestían, sobre todo porque estaba habituado a verlos. Naigu no miraba a la gente, miraba las narices. Pero aunque las había aguileñas, no encontraba ninguna como la suya;

y cada vez que comprobaba esto, su mal humor iba creciendo. Si al hablar con alguien inconscientemente se tocaba el extremo de su enorme nariz y se le veía enrojecer de vergüenza a pesar de su edad, ello denunciaba su mal humor.

Recurrió entonces a los textos budistas en busca de alguna hipertrofia, pero para desconsuelo de Naigu, nada le decía si el famoso sacerdote japonés Nichiren, o Sãriputra, uno de los diez discípulos de Buda, habían tenido narices largas. Seguramente tanto Nãgãrjuna, el conocido filósofo budista del siglo II, como Bamei, otro ilustre sacerdote, tenían una nariz normal. Cuando Naigu supo que Ryugentoku, personaje legendario del país Shu, de China, había tenido grandes orejas, pensó cuánto lo habría consolado si, en lugar de esas orejas, se hubiese tratado de la nariz.

Pero no es de extrañar que, a pesar de estos lamentos, Naigu intentara en toda forma reducir el tamaño de su nariz. Hizo cuanto le fue dado hacer, desde beber una cocción de uñas de cuervo hasta frotar la nariz con orina de ratón. Pero nada. La nariz seguía colgando lánguidamente.

Hasta que un otoño, un discípulo enviado en una misión a Kioto, reveló que había aprendido de un médico su tratamiento para acortar narices. Sin embargo, Naigu, dando a entender que no le importaba tener esa nariz, se negó a poner en práctica el tratamiento de ese médico de origen chino, si bien, por otra parte, esperaba que el discípulo insistiera en ello, y a la hora de las comidas decía ante todos, intencionalmente, que no deseaba molestar al discípulo por semejante tontería. El discípulo, advirtiendo la maniobra, sintió más compasión que desagrado, y tal como Naigu lo esperaba, volvió a insistir para que ensayara el método. Naturalmente, Naigu accedió.

El método era muy simple, y consistía en hervir la nariz y pisotearla después. El discípulo trajo del baño un balde de agua tan caliente que no podía introducirse en ella el dedo. Como había peligro de quemarse con el vapor, el discípulo abrió un agujero en una tabla redonda, y tapando con ella el balde hizo a Naigu introducir su nariz en el orificio. La nariz no experimentó ninguna sensación al sumergirse en el agua caliente. Pasado un momento dijo el discípulo:

—Creo que ya ha hervido.

Naigu sonrió amargamente, oyendo solo estas palabras nadie hubiera imaginado que lo que se estaba hirviendo era su nariz. Le picaba intensamente. El discípulo la recogió del balde y empezó a pisotear el promontorio humeante. Acostado y con la nariz sobre una tabla, Naigu observaba cómo los pies del discípulo subían y bajaban delante de sus ojos. Mirando la cabeza calva del maestro, aquel le decía de vez en cuando, apesadumbrado:

—¿No te duele? ¿Sabes?… El médico me dijo que pisara con fuerza. Pero, ¿no te duele?

En verdad, no sentía ni el más mínimo dolor, puesto que le aliviaba la picazón en el lugar exacto.

Al cabo de un momento unos granitos empezaron a formarse en la nariz. Era como si se hubiera asado un pájaro desplumado. Al ver esto, el discípulo dejó de pisar y dijo como si hablara consigo mismo: «El médico dijo que había que sacar los granos con una pinza». Expresando en el rostro su disconformidad con el trato que le daba el discípulo, Naigu callaba. No dejaba de valorar la amabilidad de este, pero tampoco podía tolerar

que tratase su nariz como una cosa cualquiera. Como el paciente que duda de la eficacia de un tratamiento, Naigu miraba con desconfianza cómo el discípulo arrancaba los granos de su nariz.

Al término de esta operación, el discípulo le anunció con cierto alivio:

—Tendrás que hervirla de nuevo.

La segunda vez comprobaron que se había acortado mucho más que antes. Acariciándola aún, Naigu se miró avergonzado en el espejo que le tendía el discípulo. La nariz, que antes le llegara a la mandíbula, se había reducido hasta quedar solo a la altura del labio superior. Estaba, naturalmente, enrojecida a consecuencia del pisoteo.

«En adelante ya nadie podrá burlarse de mi nariz». El rostro reflejado en el espejo contemplaba satisfecho a Naigu.

Pasó el resto del día con el temor de que la nariz recuperara su tamaño anterior. Mientras leía los sutras, o durante las comidas, en fin, en todo momento, se tanteaba

la nariz para poder desechar sus dudas. Pero la nariz se mantenía respetuosamente en su nuevo estado. Cuando despertó al día siguiente, de nuevo se llevó la mano a la nariz, y comprobó que no había vuelto a sufrir ningún cambio. Naigu experimentó un alivio y una satisfacción solo comparables a los que sentía cada vez que terminaba de copiar los sutras.

Pero después de dos o tres días comprobó que algo extraño ocurría. Un conocido samurái que de visita al templo lo había entrevistado, no había hecho otra cosa que mirar su nariz y, conteniendo la risa, apenas le había hablado. Y para colmo, el ayudante que había hecho caer la nariz dentro de la sopa de arroz, al cruzarse con Naigu fuera del recinto de lectura, había bajado la cabeza, pero luego, sin poder contenerse más, se había reído abiertamente. Los practicantes que recibían de él alguna orden lo escuchaban ceremoniosamente, pero una vez que él se alejaba rompían a reír. Eso no ocurrió ni una ni dos veces. Al principio Naigu lo interpretó como una consecuencia natural del cambio de su fisonomía, pero esta explicación no era suficiente; aunque el motivo fuera ese, el modo de burlarse era «diferente» al de antes, cuando ostentaba su larga nariz. Si en Naigu la nariz

corta resultaba más cómica que la anterior, esa era otra cuestión. Al parecer, ahí había algo más que eso…

«Pero si antes no se reían tan abiertamente…» Así cavilaba Naigu, dejando de leer el sutra e inclinando su cabeza calva. Contemplando la pintura de Samantabliadra, recordó su larga nariz de días atrás, y se quedó meditando como «aquel ser repudiado y desterrado que recuerda tristemente su glorioso pasado». Naigu no poseía, lamentablemente, la inteligencia suficiente para responder a este problema.

En el hombre conviven dos sentimientos opuestos. No hay nadie, por ejemplo, que ante la desgracia del prójimo, no sienta compasión. Pero si esa misma persona consigue superar esa desgracia ya no nos emociona mayormente. Exagerando, nos tienta a hacerla caer de nuevo en su anterior estado. Y sin darnos cuenta sentimos cierta hostilidad hacia ella. Lo que Naigu sintió en la actitud de todos ellos fue, aunque él no lo supiera con exactitud, precisamente ese egoísmo del observador ajeno ante la desgracia del prójimo.

Día a día Naigu se volvía más irritable e irascible. Se enfadaba por cualquier insignificancia. El mismo

discípulo que le había practicado la cura con la mejor voluntad, empezó a decir que Naigu recibiría el castigo de Buda. Lo que enfureció particularmente a Naigu fue que, cierto día, escuchó agudos ladridos y al asomarse para ver qué ocurría, se encontró con que el ayudante perseguía a un perro de pelos largos con una tabla de unos setenta centímetros de largo, gritando: «La nariz, te pegaré en la nariz».

Naigu le arrebató el palo y le pegó en la cara al ayudante. Era la misma tabla que había servido antes para sostener su nariz cuando comía.

Naigu lamentó lo sucedido, y se arrepintió más que nunca de haber acortado su nariz.

Una noche soplaba el viento y se escuchaba el tañido de la campana del templo. El anciano Naigu trataba de dormir, pero el frío que comenzaba a llegar se lo impedía. Daba vueltas en el lecho tratando de conciliar el sueño, cuando sintió una picazón en la nariz. Al pasarse la mano la notó algo hinchada e incluso afiebrada.

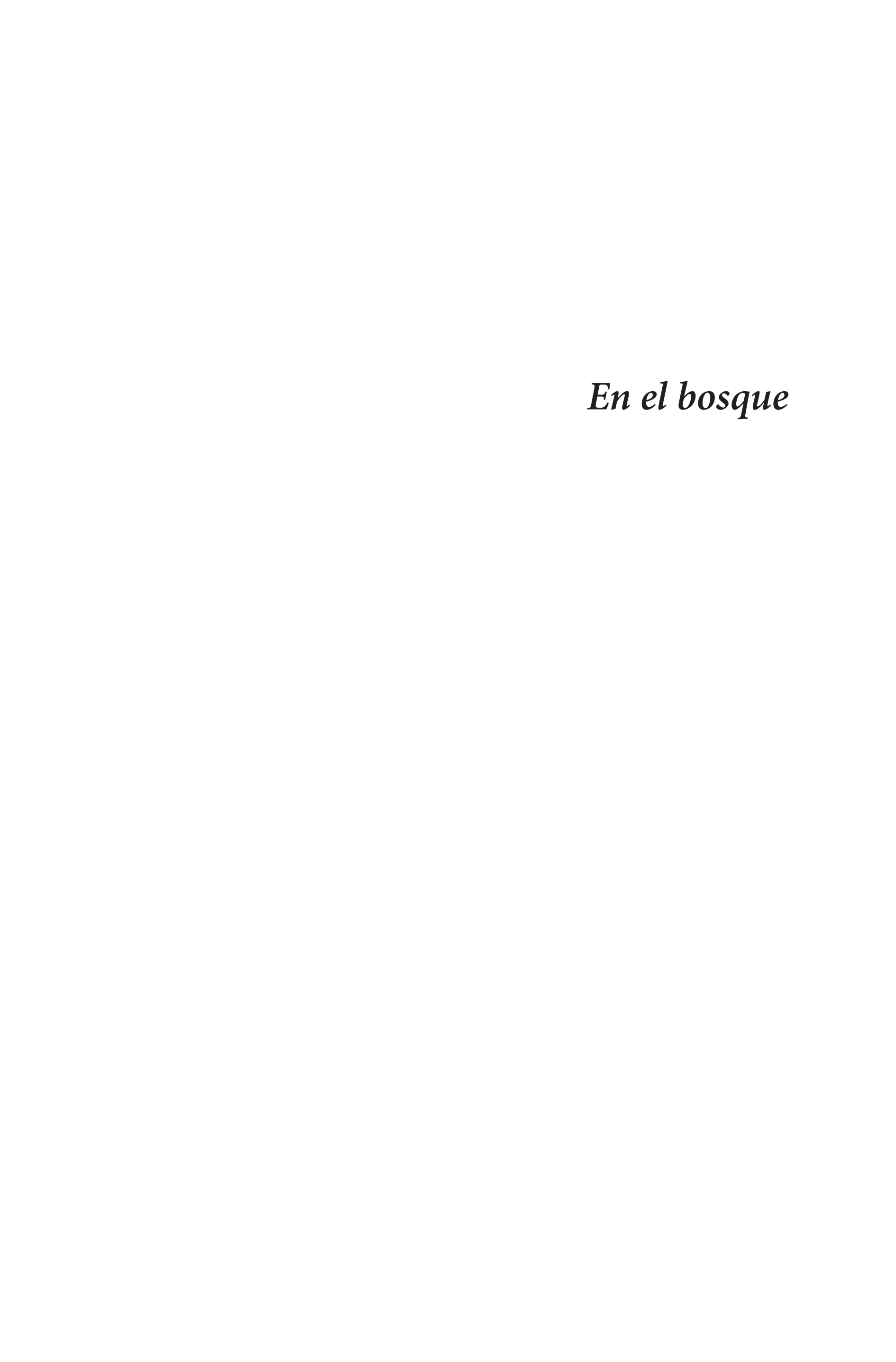
—Debo haber enfermado por el tratamiento.

En actitud de elevar una ofrenda, ceremoniosamente, sujetó la nariz con ambas manos. A la mañana siguiente, al levantarse temprano como de costumbre, vio el jardín del templo cubierto por las hojas muertas de las breneas y los castaños, caídas en la noche anterior. El jardín brillaba como si fuera de oro por las hojas amarillentas. El sol empezaba a asomarse. Naigu salió a la galería que daba al jardín y aspiró profundamente.

En ese momento, sintió retornar una sensación que había estado a punto de olvidar. Instintivamente se llevó las manos a la nariz. ¡Era la nariz de antes, con sus 16 centímetros! Naigu volvió a sentirse tan lleno de júbilo como cuando comprobó su reducción.

—Desde ahora nadie volverá a burlarse de mí.

Así murmuró para sí mismo, haciendo oscilar con delicia la larga nariz en la brisa matinal del otoño.



En el bosque

DECLARACIÓN DE UN LEÑADOR INTERROGADO POR EL OFICIAL DEL KEBIISHI:

—Señor, es verdad. Fui yo quien encontró el cadáver. Esta mañana, como de costumbre, había salido a cortar leña y encontré al muerto en el bosque que está detrás de la montaña. ¿El lugar exacto, dice usted? Pues, a unos ciento cincuenta metros de la carretera a *Yamashina*. Es un lugar solitario, poblado de bambúes, con algunos cedros entre ellos.

El cuerpo estaba tendido de cara al cielo; vestía un kimono de seda violáceo y llevaba un gorro al estilo Kioto. Una herida de catana le atravesaba el corazón, y las hojas de bambú que lo rodeaban estaban teñidas de rojo. No, no perdía más sangre en ese momento. Creo que la herida estaba seca. Un tábano, de tan pegado que estaba a ella, ni siquiera sintió mis pasos.

¿Si vi alguna catana o algo parecido? No, no vi nada de eso, señor. Solamente encontré una cuerda junto al tronco de un cedro que había cerca del cadáver. Y…,

ah, sí; también junto a la cuerda había un peine. Eso fue todo lo que vi. Daba la impresión de que ese hombre había luchado antes de ser asesinado, porque las hierbas y las hojas que había a su alrededor estaban bastante pisoteadas.

—¿Había algún caballo cerca del lugar?

—No, señor. Es un lugar inaccesible para esos animales. Está separado de la carretera por un bosque de bambúes.

DECLARACIÓN DE UN SACERDOTE BUDISTA INTERROGADO POR EL OFICIAL DEL KEBÚSHI:

—Es cierto. Ayer me encontré con el desdichado hombre. Ayer… sería cerca del mediodía. El lugar es la carretera que conduce de Sekiyama a Yamaishina.

El hombre caminaba en dirección a Sekiyama acompañado por una dama que iba a caballo. Ni alcancé a ver el rostro de esta dama, pues lo llevaba cubierto con un velo. Únicamente pude ver el color de su kimono, que era claro. El caballo era un alazán de finas crines. ¿La estatura de la dama?… algo así como un metro y medio. Como sacerdote, no estoy habituado a fijarme en esos detalles. El hombre iba armado con catana, arco y flechas. Particularmente recuerdo la aljaba negra donde llevaba unas veinte flechas.

No podía imaginar que a ese hombre le aguardara semejante destino. En verdad, nuestra vida es comparable al rocío del alba o a un destello fugaz. ¡Lamento tanto

la suerte de ese hombre que ni encuentro palabras para expresar mi sentimiento!

DECLARACIÓN DEL POLICÍA INTERROGADO POR EL OFICIAL DEL KEBIISHI:

—¿Quién es el hombre que arresté? Es el famoso bandolero Tajômaru. Cuando procedí, él había caído del caballo, y gemía echado sobre el puente de *Awataguchi*. ¿Cuándo? Fue en las primeras horas de anoche. Recuerdo que aquella otra vez en que fracasé al intentar arrestarlo, también llevaba ese kimono azul y esa larga catana. Esta vez, como ustedes ven, lleva además arco y flechas. ¡Ah!… ¿De modo que el arco y las flechas son iguales a los del muerto? Entonces es seguro que este Tajômaru es el asesino. El arco enfundado en cuero, la aljaba negra y las diecisiete flechas de pluma de halcón, seguramente eran del samurái. Sí, el caballo era, como usted dice, un alazán de finas crines. Pastaba cerca del puente, con las riendas sueltas. Seguramente, por una ironía del destino, Tajómaru fue arrojado por el mismo caballo que robó.

Este Tajômaru es el mujeriego más famoso entre los bandidos que merodean por la capital. El año pasado una creyente y su criada fueron asesinadas en un monte,

detrás de la estatua de *Píndola*[11] del Templo *Toribe*; y se rumoreó que había sido obra de este bandido. Si es Tajômaru el asesino del samurái, vaya uno a saber qué ha sido de la dueña del alazán.

Si se me permite una palabra, sugiero la conveniencia de averiguar la suerte que corrió la dama.

11 Píndola, llamado Píndola – Bharadwaja, discípulo de buda.

DECLARACIÓN DE UNA ANCIANA INTERROGADA POR EL OFICIAL DEL KEBIISHI:

—Sí, señor. El cadáver es del hombre que se casó con mi hija. Él no era de la capital. Fue samurái en la ciudad de *Kokufu*, en la provincia de *Wakasa*. Su nombre es Takejiro Kanazawa y tenía veintiséis años. No, señor, él era una buena persona, y no creo que haya sido víctima de alguna venganza.

¿Mi hija? Su nombre es Masago, y tiene diecinueve años. Es impulsiva, pero dudo que haya conocido otro hombre aparte de Takejiro. Es de cutis moreno y su cara es pequeña, ovalada, y tiene un lunar cerca del ojo izquierdo.

Ayer, Takejiro y mi hija salieron para *Wakasa*. ¡Quién podía imaginar esta tragedia!

¡Qué será de ella! Pues si bien estoy resignada por la suerte de mi yerno, quisiera saber qué ha ocurrido con mi pobre hija.

¡Por los cielos, señores, no dejen piedra sin remover hasta encontrarla!

A quien odio es a ese asesino, Tajômaru, o como se llame… A él, que no solo mató a mi yerno, sino también a mi hija… [Llora y no se entienden sus palabras].

CONFESIÓN DE TAJÔMARU:

—Sí, señor comisario. Yo maté a ese hombre, pero no a la mujer.

¿Qué dónde fue? No sé nada. ¡Eh! Déjeme en paz. No me apremien porque no podrán obligar a decir lo que no sé. Además, no tengo esperanza de salvarme, así que no veo por qué he de ocultar detalles.

Bueno, fue así:

Ayer, poco después de mediodía, me encontré con esa pareja. Justamente una leve brisa levantó el velo de seda que cubría el rostro de la mujer, y la vi apenas. Digo apenas, porque inmediatamente volvió a ocultarlo. Quizá por eso me pareció tan hermosa como la sagrada *Bodhisattva*. Y desde ese instante decidí conquistarla, aunque tuviera que matar al hombre que la acompañaba.

¿Qué dice? Vea: para mí, matar a un hombre no significa gran cosa, como usted creería.

De todos modos, para poseer a la mujer había que eliminar al hombre, pero, le aclaro, señor, que yo mato con catana, y no como ustedes, que matan con el poder, con el dinero, hasta con el pretexto de hacer un favor. Es cierto que no derraman sangre y sus víctimas siguen viviendo, pero así y todo son muertos, sombras de vivos. Si medimos los alcances del delito, es muy difícil fijar quién es más criminal, yo o ustedes. [Sonríe con ironía].

Sin embargo, era mejor proceder evitando la muerte del hombre. Y opté por ello. Pero era imposible ejecutar mi propósito en la carretera (que conduce a *Yamashina*). Entonces inventé una historia para internar a la pareja en la montaña.

Resultó fácil. Empecé a caminar con ellos, y les conté que había descubierto una vieja tumba en la montaña, hallando una considerable cantidad de sables y espejos antiguos, que luego había trasladado clandestinamente al bosque de bambúes, y que de encontrar a algún interesado, estaba dispuesto a venderlos a bajo precio. Al oír esto, el hombre comenzó a interesarse, y…

¿No les parece terrible la codicia que es capaz de

abrigar el hombre? En menos de media hora, los tres íbamos camino de la montaña.

Al llegar al bosque de bambúes me detuve, les dije que más adentro estaba oculto el tesoro, y les pregunté si querían verlo. El hombre, por codicia, no puso objeción; pero la mujer, que ni siquiera se molestó en desmontar, dijo que esperaría allí. Era comprensible su deseo, ante el aspecto de un bosque tan espeso. Y eso era justamente lo que yo quería. Me apresuré a conducir al hombre, sin insistir en que ella nos acompañara.

A la entrada del bosque hay bambúes solamente, pero, a cierta distancia, existe un lugar más despejado con algunos cedros. No podía haber sitio más apropiado para el logro de mi propósito. Abriéndome camino a través de los bambúes, engañé al hombre diciéndole que las piezas estaban ocultas al pie de un cedro. Él apresuró los pasos hacia unos cedros que se divisaban entre los bambúes. Caminamos aún algo más, y llegamos al lugar señalado.

En un segundo, lo ataqué y lo derribé. Aunque el hombre llevaba catana y era bastante vigoroso, al ser tomado por sorpresa y atacado por la espalda nada pudo hacer para evitarlo. Lo até sin demora al tronco de un

cedro. ¿Dónde conseguí las cuerdas? Gracias a que soy ladrón siempre las llevo, por si me veo obligado a escalar algún muro. Naturalmente, es fácil impedir que el otro grite si se le llena la boca con hojas de bambú.

Terminada mi tarea con el hombre, volví en busca de la mujer y le dije que fuera a reunirse con su marido, que se había indispuesto repentinamente.

De más está decir que el plan tuvo éxito. La mujer, que se había quitado el *ichimegasa*, se dejó conducir hasta el lugar, pero al llegar, ni bien advirtió la situación del hombre, sacó un puñal —no supe cuándo—, y me desafió. Nunca conocí una mujer tan impetuosa. De no ponerme en guardia nada me hubiera extrañado que en su arremetida terminara atravesándome el vientre, o peor aún, matándome. Pero como sabrá, yo soy Tajômaru. Pude arrebatarle el arma sin hacer uso de la mía, y aunque valiente, una vez desarmada, nada pudo hacer. Así, por fin, pude satisfacer mis deseos de poseerla.

Como le dije, no había matado al hombre. Era innecesario después de haber conseguido a la mujer. Me disponía a huir cuando sucedió lo inesperado. Ella se aferró a mis brazos con desesperación, y patéticamente,

con palabras entrecortadas, me gritó que uno de nosotros, su marido o yo, tenía que morir, si no, ella misma moriría antes que soportar el dolor y la vergüenza de saber vivos a los dos hombres que la habían poseído. Dijo más: que sería de aquel que sobreviviera. Al oír estas palabras, el deseo de matar al hombre me ofuscó. [Sombría excitación].

Contándolo de esta manera debo parecer muy cruel. Pero no. Usted no vio la cara de la mujer en ese momento ni soportó su mirada ardiente, como yo. Al mirar esos ojos juré casarme con ella, sí, hacerla mi mujer a riesgo de todo. Ese era el único pensamiento que me absorbía.

Tal pensamiento no se debía al solo deseo carnal, como usted puede suponer. Al contrario, si en ese momento solo hubiese sentido sensualidad, habría escapado, sin importarme golpear a la mujer. Y de ser así, no habría tenido ninguna necesidad de manchar mi catana con la sangre de ese hombre.

Pero viendo el rostro de aquella bella mujer en la penumbra del bosque, juré no abandonar el lugar sin haberlo ultimado.

Sin embargo, no tenía intención de matarlo en forma cobarde: solté sus ligaduras y lo desafié. (La cuerda que se encontró junto al tronco fue la que yo utilicé y que luego dejé olvidada). Encolerizado, el hombre desenvainó su catana. Inmediatamente me atacó iracundo, sin pronunciar palabra. Voy a explicar lo que pasó después. Mi catana atravesó su pecho a los veintitrés asaltos. Recuerden esto: veintitrés asaltos. No consigo salir de mi asombro. Nadie hasta entonces me había resistido más de veinte. [Sonríe jovialmente].

Muerto el hombre, con la catana aún mojada con su sangre, me volví hacia donde había quedado la mujer.

Pero ante mi asombro, había desaparecido. En vano registré el bosque tratando de encontrarla; ni el menor rastro. Escuché con atención: se oyó el estertor del hombre. Nada más.

Pensé que al empezar el duelo ella habría salido en busca de ayuda. Y puesto que era cuestión de vida o muerte, me apoderé de la espada del hombre, junto con el arco y las flechas, y hui hacia la carretera. Una vez allí, encontré pastando el caballo de la mujer. De lo que

siguió después, le diré únicamente que antes de entrar en la capital me deshice de la catana robada.

Esta es toda mi confesión. Siempre tuve la convicción de que mi cabeza colgaría algún día de un árbol. Senténcienme a la pena capital. [Actitud desafiante].

CONFESIÓN DE LA MUJER QUE LLEGÓ AL TEMPLO SHIMIZU:

—El hombre que vestía el kimono de seda azul, después de ultrajarme lanzó una mirada sarcástica a mi esposo, que estaba atado al tronco de un cedro.

¡Cuán humillado se habrá sentido mi marido! Cuanto más se empeñaba en liberarse, más se hundía la soga en su cuerpo. Desesperada, corrí hacia él. No, mejor dicho, quise correr. Pero al intentarlo, el bandido me derribó.

En ese preciso instante advertí un brillo extraño en los ojos de mi marido, tenía una expresión indescriptible… Lo recuerdo y todavía me hace estremecer. Él, al no poder hablar, procuraba expresarse de ese modo. Sus ojos no denotaban ni furor ni angustia… despedían un brillo frío, que reflejaba su desprecio hacia mí. Más herida por esos ojos que por el golpe del ladrón, dejé escapar un gemido y me desvanecí.

Después de largo rato (creo), recobré el conocimiento, y advertí que el hombre del kimono azul había

desaparecido. Estaba solamente mi marido, que continuaba atado al árbol. Me incorporé sobre las hojas de bambú y dirigí hacia él mis ojos, pero el brillo de los suyos no había cambiado. Me observaba con la misma frialdad, reafirmando su desprecio, y en lo más profundo, también su odio. Vergüenza, rabia, angustia… No sé bien lo que sentí entonces. Me levanté, vacilante, y me acerqué a él:

—Takejiro —le dije—, después de lo sucedido, no podría seguir viviendo con usted. He decidido matarme, pero… pero usted también debe morir. Vio lo que me ha hecho: no puedo dejarlo vivir.

Hice un gran esfuerzo para decirlo, pero él seguía mirándome sin inmutarse. Sentí que mi corazón latía con violencia. Busqué afanosamente la espada de mi marido. En vano. Por lo visto, el bandido había robado sus armas. Fue una suerte que allí cerca encontrara mi puñal. Sosteniendo el arma en alto, volví a decirle:

—Ahora, deme su vida. Yo lo seguiré inmediatamente.

Al escucharme, movió apenas los labios. Con la boca llena de hojas, no podía articular palabra. Sin embargo,

con solo mirarle adiviné su voluntad. Con profundo desprecio me decía: «Máteme». Sin poderme dominar, enloquecida, clavé la daga en su pecho, a través del kimono de color lila. Volví a desvanecerme. Cuando tiempo después me recobré, mi marido había muerto. Un rayo del sol poniente, filtrado a través del follaje, iluminaba su rostro sin color. Llorando, quité las ataduras de aquel cuerpo. Después… No tengo fuerzas para narrar lo que me tocó vivir después. Hice todo lo posible para darme muerte; clavé el puñal en mi garganta, me arrojé al lago, cerca de la montaña, pero todo en vano. Estoy aquí, frustrados mis intentos, soportando el peso agobiador de mi deshonra. [Sonríe tristemente].

Es de creer que a una mala mujer como yo, hasta por la misma Bodhisattva, le sea negada la piedad.

En fin yo, que maté a mi esposo, que fui violada por un bandido, ¿qué debo hacer? ¿Qué es lo que yo… yo…? [Estalla de pronto en violentos sollozos].

VERSIÓN DEL MUERTO NARRADA POR LA MÉDIUM:

—Después de violar a mi mujer, el bandido se sentó junto a ella y le habló, tratando de consolarla. Naturalmente, yo no podía hablar. Estaba atado al tronco del cedro, amordazado. Sin embargo, intentaba decirle con los ojos una y otra vez: «No le crea a ese canalla, es mentira todo lo que dice».

Pero ella, sentada con las piernas recogidas, sobre las hojas de bambú, se miraba las rodillas con obstinación. Esa actitud me hizo suponer que estaría escuchando las palabras del hombre. Los celos me torturaban.

El bandido, hábil en la conversación, le hablaba de una cosa y otra, hasta que llegó a proponerle con el mayor descaro: «Ya que has sido injuriada en tu honor, no puedes seguir junto a tu esposo. A cambio de eso, y puesto que ya no serán felices, ¿no prefieres ser mi mujer? Fue el amor que me inspiraste lo que me llevó a cometer tal violencia contra ti».

Mi mujer le escuchó fascinada y alzó la cabeza. Nunca la vi tan hermosa como en ese momento. Pero, ¿qué respondió ante su mismo esposo, víctima como ella de ese malhechor? Ahora vago perdido en el espacio, pero no podré evitar la rabia y los celos mientras recuerde sus palabras: «Bien, lléveme adonde quiera». [Largo silencio].

Y no fue este el único delito de mi mujer. Si se tratara solo de esto no sufriría lo que sufro en esta oscura eternidad. Cuando, como en sueños, se disponía a partir del brazo de aquel hombre, palideció repentinamente, y señalándome, exclamó: «Mátelo. No puedo unirme a usted mientras él esté con vida». Y repitió varias veces, enloquecida: «¡Mátelo, mátelo!». Aún ahora sus palabras quieren arrastrarme hacia el negro abismo.

¿Habrán salido alguna vez palabras tan atroces de labios de un ser humano? ¿Habrán entrado tan odiosas frases en oídos de algún mortal? Alguna vez semejante… [Súbitamente, ríe con desprecio].

El mismo bandido se quedó perplejo al oírlas. «¡Mátelo!». Ella continuaba gritando y se aferraba al brazo del delincuente. Él la miró fijamente y no contestó…

Antes de pensar en una respuesta, la arrojó al suelo de un puntapié. [Nuevamente una carcajada desdeñosa].

Luego se cruzó de brazos tranquilamente y mirándome, dijo: «¿Qué piensas hacer con esta mujer? ¿La matas, o la perdonas? Contéstame con la cabeza. ¿La matas? Solo por estas palabras perdonaría la acción del individuo». [De nuevo largo silencio].

Mientras yo vacilaba en contestar, mi mujer dio un grito y echó a correr, bosque adentro. El bandido se abalanzó tras ella, pero no logró alcanzar ni la manga de su kimono.

Fugada mi mujer, el hombre tomó mi catana, mi arco y mis flechas. Luego cortó en un solo sitio la soga con que me había atado. Recuerdo que al salir del bosque murmuró: «Ahora se juega mi suerte». Siguió un profundo silencio. No, oí que alguien sollozaba. Mientras me quitaba las sogas escuché con atención, y noté que era mi propio sollozo. [Largo silencio].

A duras penas separé del árbol mi cuerpo entumecido. Delante de mí brillaba la pequeña daga que había dejado mi mujer. La recogí y la hundí en mi pecho. Un coágulo

de sangre subió a mi garganta, pero no sentí ningún dolor. A medida que mi cuerpo se enfriaba, todo a mi alrededor se volvía silencioso y solemne. Ni el canto de un pájaro se oía en el aire de aquel lugar en la cañada de la montaña. Apenas una débil claridad descendía sobre las hojas, pero también eso fue desapareciendo, hasta que los cedros y los bambúes se borraron de mi vista. Tendido en el suelo, un hondo silencio me envolvía.

En ese momento, alguien se acercó a mí con pasos cautelosos. Traté de ver quién era, pero la oscuridad me lo impidió. Alguien… alguien que no pude ver, una mano invisible, quitó suavemente el arma hundida en mi pecho, al tiempo que otro coágulo me volvía a llenar la boca. Y de nuevo me hundí en el oscuro espacio; por última vez, para siempre.



Los piojos

I

El 26 del decimoprimer mes de 1864, los guerreros del feudo Kaga de la familia Maeda, encargados de guardar Kioto —la capital—, al mando del comandante provincial, Cho Osumi no Kami, zarparon desde la boca del río Aji, en Osaka, para incorporarse a la sedición en la provincia de *Choshu*[12].

La pequeña partida era conducida en dos barcos de unas 90 toneladas cada uno, capitaneados por los subcomandantes Tsukuda Kyudayu y Yamagishi Sanjuro, el primero llevaba como insignia estandartes blancos, el segundo rojos. La partida de estos barcos *Konpira*[13], haciendo ondear sus estandartes rojiblancos mientras enfilaban hacia el mar abierto, se recuerda como una de las escenas más heroicas y emocionantes.

En cambio, los hombres que iban a bordo no se sentían ni lejanamente intrépidos. En primer lugar, cada barco

12 Se refiere a la sedición de1864 en la provincia *Choshu*, cuatro años antes de la restauración Meiji, se pone fin al feudalismo bajo el gobierno militar de los Tokugawa.

13 *Konpira* (*Kumbhira*, en sanscrito), de origen hindú, es considerado en Japón como el dios protector de la navegación.

era ocupado por 38 personas: 34 miembros de la partida y cuatro tripulantes; y por el tamaño de la embarcación, los guerreros apenas tenían espacio para moverse. Más aún, la cantidad de cubas de rábanos encurtidos que transportaban en la cubierta no dejaba lugar donde poner los pies, y debido a la falta de costumbre, los hombres sufrían náuseas cada vez que los asaltaba aquel hedor de rábanos.

Por otra parte, estando en el final del decimoprimer mes del calendario lunar, es decir, a principios de enero, el mar traía un viento helado que parecía cortar los cuerpos. Especialmente al ponerse el sol, el viento que bajaba del monte Maya se sumaba al frío del mar, haciendo castañetear los dientes a la gran mayoría, aun a los samuráis jóvenes oriundos del norte.

Aparte de todo esto, los barcos estaban totalmente plagados de piojos. Y no eran de la simple clase que se oculta en las costuras de la ropa, pululaban en toda la extensión de la nave: en las velas, en los estandartes, en mástiles y anclas. Para decirlo crudamente, no se sabía si los barcos transportaban hombres o piojos. Era natural que en esas condiciones grandes cantidades de

ellos anidaran en la ropa de cada uno de los guerreros. Al encontrar la piel, se prendían inmediatamente para picar con regocijo. Cinco o diez piojos se habrían podido controlar de alguna manera, pero cuando, como ya dijimos, eran tantos que se veían como sésamo blanco derramado por doquier no había esperanza alguna de deshacerse de ellos. Los samuráis de los dos barcos, sin excepción, mostraban puntos rojos e inflamados en el pecho, el abdomen o cualquier otra parte del cuerpo, como si padecieran sarampión.

Pero si bien no había modo de dominar a los parásitos, peor era no hacer nada para remediar la situación. Por lo tanto, los hombres se pusieron a cazarlos en la medida de lo posible. Todos, desde el comandante hasta los peones, se desnudaban, cazaban los piojos y los ponían dentro de la taza de té que cada uno de ellos llevaba. Imaginar tan solo la escena de una treintena de samuráis, desnudos salvo por un taparrabos, que tazas de té en mano hurgan afanosamente en todos los rincones, debajo de los cordajes o de las anclas, en esos barcos de velas iluminadas por el sol invernal, puede resultar cómico para cualquier persona, y, sin embargo, en aquellos días del siglo XIX no era menos cierto que hoy el hecho de

que a la luz de la necesidad, cualquier cosa se vuelve terriblemente seria. Así pues, los samuráis desnudos que colmaban los barcos, semejantes ellos mismos a enormes piojos, se dedicaban cada día, con paciencia y diligencia a despecho del frío, a aplastar los piojos de la cubierta.

II

En el grupo Tsukuda había un hombre raro, un excéntrico de unos 50 años, de nombre Mori Gon'noshin. Era un oficial de infantería con cinco subordinados a su cargo y una asignación anual de setenta fardos de arroz. Extrañamente, era el único que no participaba en la caza y, por consiguiente, llevaba el cuerpo cubierto de piojos. Mientras unos subían por su rodete[14], otros cruzaban el borde trasero y de su pantalón tipo falda; mas él no les prestaba ninguna atención.

Sin embargo, es erróneo pensar que este hombre, en especial, no era asaltado por los piojos. Igual que el resto de la tripulación, tenía el cuerpo cubierto de manchas rojas, como marcadas con monedas. Y por el modo de rascarse, no parecía inmune a las picaduras. Lo cierto es que le picara o no, se mostraba totalmente indiferente.

Si solo hubiera sido cuestión de indiferencia la cosa habría pasado. Sucedía que además, cuando veía a los

14 Estilo de peinado de los samuráis; atado el cabello en el centro del cráneo, se doblaba una vez hacía atrás y otra en sentido contrario.

otros empeñados en combatir los piojos, les decía:

—Si los cazan, no los maten. Pónganlos vivos en las tazas de té, y entréguenmelos.

—¿Y qué harás con ellos? —se asombró uno de sus compañeros.

—¿Cuándo me los den? Bien, yo los criaré —dijo Mori con toda calma.

—Pues los cazaremos vivos y te los entregaremos.

Creyendo que Mori bromeaba, el amigo se dedicó durante medio día a llenar, con la ayuda de dos o tres compañeros, varias tazas con estos insectos. Pensó, al llevárselos, decirle: «Aquí los tienes, críalos», y el obstinado Mori se vería en un aprieto. Pero antes de que tuviera tiempo de decirle algo, fue el propio Mori quien preguntó impaciente:

—¿Ya los tienen? Si es así, me encargaré de ellos.

Sus compañeros enmudecieron.

—Pónganlos aquí —y, tranquilamente, Mori abrió el cuello de su kimono.

—No te hagas el héroe ahora, para luego no saber cómo librarte —le dijeron, pero él no los escuchaba.

Uno por uno pasaron, como arroceros midiendo el arroz, a voltear sus tazas repletas de piojos en el kimono de Mori, mientras este, recogiendo los que caían afuera, murmuraba:

—Suerte la mía. Con estos, esta noche dormiré con calor —y sonreía con malicia.

—¿Hacen sentir calor los piojos? —dijo el amigo oficial sin dirigirse a nadie en particular. Todos se miraron, extrañados. Mori, ajustándose el cuello con esmero, los miró con sorna y explicó:

—Todos ustedes se han resfriado últimamente a causa del tiempo, pero ¿qué le ha pasado a Gon'noshin? Nada. No estornuda, no moquea. Tampoco ha tenido fiebre ni se le han helado las manos ni los pies. ¿Y a quién creen que se debe esto? Todo, todo, es debido a los buenos piojos.

Según la teoría de Mori Gon'noshin, los piojos alojados en el cuerpo pican, y esto produce la necesidad de rascarse. Cuando uno es atacado en todo el cuerpo, naturalmente lo rasca también en toda su extensión. El cuerpo humano está hecho de un modo maravilloso; cuando más se rasca uno un lugar, más calor se produce en esa parte, tal como si estuviera afiebrada. Cuando se siente calor en el cuerpo, el sueño llega, y cuando uno tiene sueño, no siente la picadura... De esta manera, cuantos más piojos se tienen, mejor se duerme, y no hay peligro de contraer ningún resfrío; en consecuencia, según Mori, lo acertado era conservar los piojos y no matarlos.

—Conque así es la cosa —dijeron sus compañeros, aprobando el argumento que se les acababa de exponer.

III

Después de esto apareció un grupo que decidió seguir el ejemplo de Mori. Sus compañeros no diferían del resto en cuanto a dedicarse a buscar los parásitos ni bien tenían un rato libre; la sola diferencia era que luego los guardaban celosamente dentro de sus ropas.

Pero es sabido que en cualquier país y en cualquier época la enseñanza de un precursor no siempre es aceptada como tal por todo el mundo, y también en este barco había muchos fariseos que disentían con Mori en la teoría de los piojos. El grupo de los disidentes era encabezado por un oficial de infantería, Inoue Tenzo, otro excéntrico que comía los piojos que cazaba. Al terminar su cena, ponía una taza de té frente a él y empezaba a masticar lentamente algo que parecía delicioso. Alguien, intrigado, miró dentro de la taza y descubrió que contenía piojos.

—¿Qué gusto tiene? —le preguntó.

—Bueno... aceitoso, como arroz tostado, creo —fue la respuesta.

En cualquier parte se pueden encontrar personas que matan a los piojos con los dientes, pero ese no era el caso de este hombre. Como si fueran dulces para la ceremonia del té, él paladeaba con parsimonia su ración diaria de piojos. Fue el primero que se opuso a Mori.

Nadie lo acompañaba a Inoue en su apetencia de piojos, pero un número crecido de personas lo apoyaba en su oposición a Mori. Allegaban ellos que el cuerpo humano no se calentaba con la sola presencia de los piojos. Más aún, el *Libro de la piedad filial*[15] dice que nosotros recibimos nuestro cuerpo, los cabellos y la piel, de nuestros padres, y si el principio de la piedad filial radica justamente en no causarles daño, el dejarse picar voluntariamente por un insecto despreciable constituía una grave falta. Por consiguiente, era un deber cazar los piojos por todos los medios, pero nunca criarlos.

En esas circunstancias, se volvieron frecuentes las disputas entre ambos bandos, y todo estaba bien mientras quedaba reducido a argumentos, pero, por último, la situación tomó un giro inesperado y tuvieron que recurrir a las espadas.

---

15 Libro clásico del confucianismo, recopilación de las enseñanzas sobre el amor filial que Confucio dictó a su discípulo Ts´engtzu.

El incidente se originó como sigue: un día Mori recibió de sus compañeros una cierta cantidad de piojos, los puso dentro de una taza de té que guardó celosamente, pensando en usarlos como era su costumbre, pero Inoue, aprovechando un descuido, se los comió. Cuando Mori fue por ellos, no quedaba uno solo. Esto hizo estallar al precursor. Con ojos encendidos y los brazos en jarras, interpeló al culpable:

—¿Por qué comiste mis piojos?

—El hecho de criar piojos es estúpido —replicó Inoue con desdén. No parecía dispuesto hacerle caso.

—¡Estúpido es comérselos! —gritó furioso Mori, golpeando la cubierta— ¡Escúchame bien! ¿Hay alguien en este barco que no recibe beneficio de los piojos? ¡Cazar y comer estos animalitos es devolver las gracias con insultos!

—No creo ni remotamente haber recibido algún favor de los piojos.

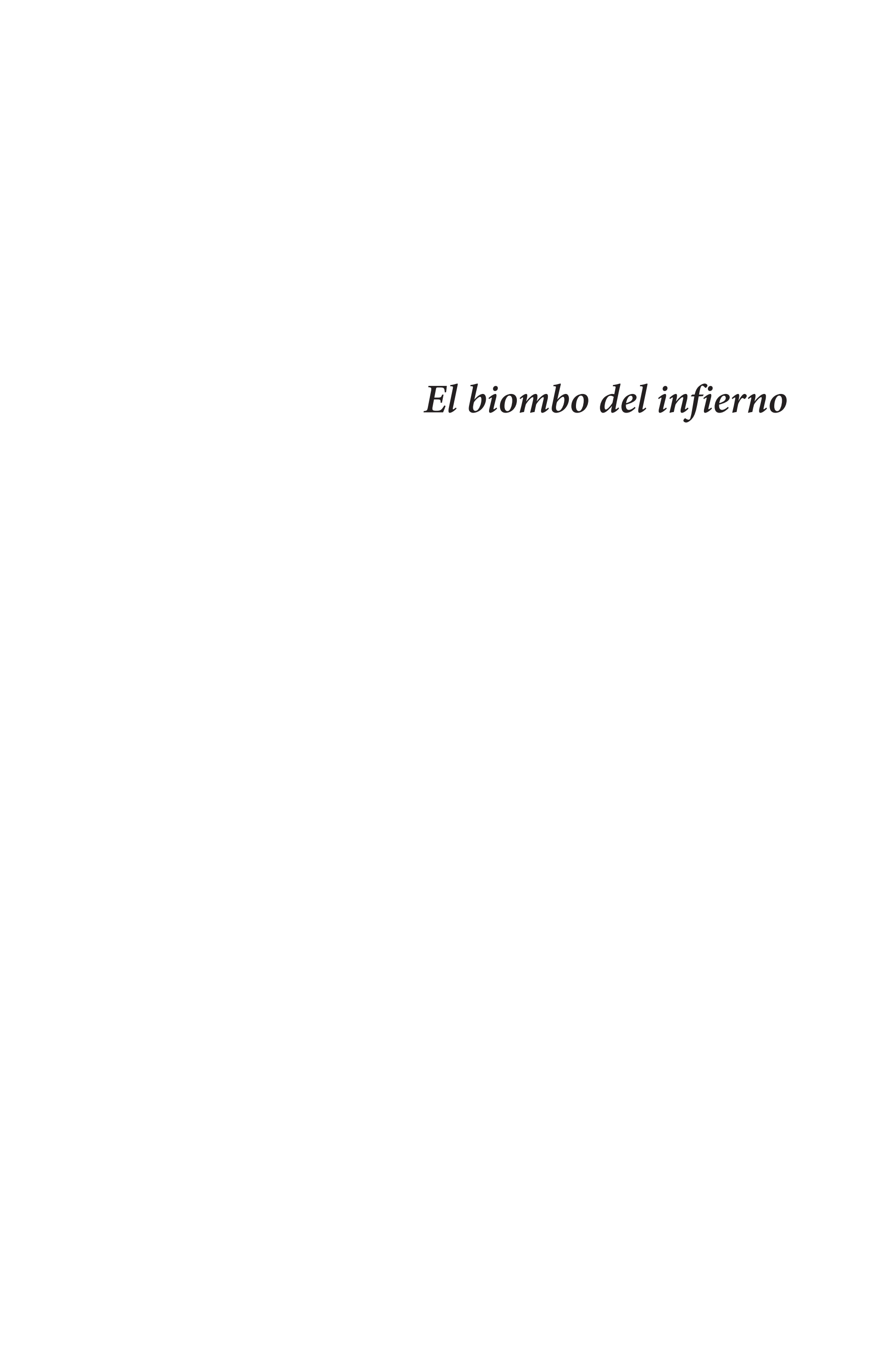
—Está bien, pero aunque no te hayan hecho ningún favor, es imperdonable que se mate injustificadamente a un ser viviente.

Así intercambiaron otros dos o tres argumentos hasta que Mori, colérico, llevó su mano a la empuñadura —tallada y laqueada en rojo con diseños de langostinos— de su espada corta. Por supuesto, Inoue no se quedó atrás. Empuñó la espada de vaina roja y se puso de pie.

Si los guerreros desnudos, que cazaban piojos, no los hubieran separado de inmediato, la vida de uno de ellos habría estado en peligro. De acuerdo a un testigo de esta agitada escena, los dos hombres, aún sujetados por los otros, seguían gritando, con la boca llena de espuma: «¡Piojos! ¡Piojos!».

IV

Y así, mientras estos samuráis llegaban al borde de un hecho de sangre a causa de los piojos, los barcos Konpira, ajenos del todo al suceso, avanzaban más hacia el Oeste. Con sus estandartes blancos y rojos agitados por el frío viento, bajo un cielo que anunciaba nieve, en pos del largo camino hacia la misión de *Choshu*.



El biombo del infierno

I

Difícilmente habrá existido otra persona como el señor de Horikawa ni existirá en el futuro. De él se decía que antes de su nacimiento, en los sueños de su señora madre había aparecido el Matatejas[16], lo que prueba que desde el comienzo de su vida le estuvo concedido ser muy diferente al común de las personas. Cada uno de sus actos conquistaba de inmediato la admiración de todos. Por ejemplo, la arquitectura del palacio, no sé si llamarla imponente o suntuosa, pero tiene algo, realmente extraordinario, que escapa al criterio de gentes comunes como nosotros. Como es de suponer, hay quienes lo calumnian, calificando de deplorable la conducta del señor, y llegan a compararlo con el emperador de Ch'in, Shih Huang Ti[17] o con Yang Kuang[18], de Sui, pero tales calumnias están muy lejos de la verdad.

---

16 Uno de los cinco Rajás, mensajero de la esotérica secta budista Shingon: tiene seis cabezas, seis manos y seis piernas; destruye el mal y protege el bien.

17 259-210 d.C.: primer emperador de China, ordenó la construcción de la famosa muralla e hizo quemar todos los libros anteriores a él.

18 569-618 d.C.: emperador de Sui, derrocado y muerto por el pueblo sublevado.

Las intenciones del señor de Horikawa nunca fueron egoístas ni tampoco aspiró a la gloria o a la fama. Se preocupaba por las cosas más insignificantes, y siendo hombre de gran carácter deseaba que todos pudieran gozar de la vida en la medida en que él la disfrutaba.

Así, cuando sostuvo un incidente con los malhechores que merodeaban por el Templo *Nijâ*, no dio muestras de alterarse en lo más mínimo. Se dice que el espíritu de Târu-no-Sadaijin[19], que se aparecía por las noches en el Templo *Kawahara* (situado en la avenida *Higashi Sanjâ* y famoso por el mural del paisaje *Shiogama* de la provincia de *Michinoku*), desapareció repentinamente al ser ahuyentado por el propio señor de Horikawa. Tales eran el carácter y el poder del hombre que gozaba de enorme popularidad en toda la capital, donde se lo veneraba como a la reencarnación de un santo.

Cierta vez, de regreso de la fiesta del ciruelo, se soltó un toro de su carroza y embistió y derribó a un anciano que pasaba por el lugar. El anciano, lejos de protestar,

---

19 Personaje de la obra de teatro Nô Tôru, original de Zeami; Tôru, noble de la Corte Imperial, hace reconstruir un famoso paisaje de la provincia Te Michinoku en Kioto para gozar de él. Después de su muerte, en las noches de luna llena aparecía su fantasma y se repetían fiestas como en años anteriores.

juntó las manos y bendijo la gracia del haber sido alcanzado por un toro de señor tan principal. Tan cierto es esto como otros muchos hechos que acontecieron a lo largo de su vida, dignos de perdurar en el recuerdo de la posteridad. Otro día, en ocasión de una gran fiesta realizada en la corte, el señor obsequió treinta caballos blancos. En otra ocasión, se hizo extirpar una pústula del muslo por un sacerdote de *Shintan*[20]. Referir todas sus anécdotas sería tarea interminable, pero de todos los episodios, ninguno tan terrible como aquel que se refiere al Biombo del infierno, hoy uno de los tesoros artísticos que poseía la secreta técnica del *Gatha*[21]… En fin, noble familia. El señor de Horikawa, que de ordinario se mostraba imperturbable, pareció profundamente afectado por aquel incidente. Se explica, entonces, que quienes estábamos a su lado nos hayamos conmovidos de verdad. Sobre todo yo, que le había servido durante veinte años, en los que nunca me había tocado presenciar una escena parecida.

Pero para narrar debidamente esta historia, es preciso

20 Denominación con que en el antiguo Japón se aludía a China.

21 Poema budista que se refiere a la grandeza y poder del Buda e indica el camino del creyente. Kada, en japonés.

que antes les haga conocer algunos detalles acerca del carácter de su protagonista, el pintor Yoshihide, autor del biombo que representa el infierno.

II

Al nombrarlo, es posible que algunos de ustedes lo recuerden. Fue un célebre artista que en su tiempo no tuvo rival. Cuando ocurrió el episodio que les voy a narrar, tendría ya unos cincuenta años. Era un hombre bajo, delgado, con toda la apariencia de un ser perverso. Se presentaba en palacio vistiendo *kariginu*[22], estampado en color jiroflé y tocado con el *momieboshi*[23], pero todo su aspecto despedía cierto aire de bajeza, y los labios rosados y húmedos, en contraste con su edad, hacían que su presencia resultara particularmente desagradable. Algunos deducían que el color de los labios provenía de tanto mojar los pinceles en la boca, pero personas peor intencionadas le bautizaron con el nombre de Saruhide[24], por su parecido con este animal.

A propósito de este apodo hay una anécdota. Por ese entonces, la hija única de Yoshihide, de quince años, servía

22 Kimono antiguo que en su origen se usó para la caza y luego se llevó en la corte.

23 Antiguo sombrero japonés.

24 *Saru* significa mono; juego de palabras en lugar de Yoshi-hide, el «Mono-hide».

en palacio como *konyobo*[25]. Era una joven muy afable que en nada se parecía a su padre. Como había perdido a su madre siendo muy pequeña, era una niña precoz, gentil y muy inteligente, que a pesar de su juventud cuidaba de su trabajo hasta en los más mínimos detalles. Estas cualidades no tardaron en conquistar la simpatía de la señora de Horikawa y de las demás *nyobo*[26].

Cierto día, alguien obsequió al señor de Horikawa un mono amaestrado de la provincia de *Tamba*. El hijo del señor, que estaba en la edad de las travesuras, lo llamó Yoshihide. Era un animal muy gracioso. Y al llevar tal nombre no faltaron en palacio quienes empezaron a burlarse del mono con doble intención, pero lo malo era que no contentos con burlarse, inventaban cargos contra él, acusándolo, por ejemplo, de haber subido al pino del jardín, o de haber ensuciado el piso de la habitación de las doncellas, y se divertían maltratándolo.

Un día en que la hija de Yoshihide, llevando una espuela en una rama de ciruelo, caminaba por un largo pasillo, se le apareció el mono por una de las puertas

25 Doncella de la Corte.

26 Doncella de la Corte; categoría superior a *konyobo*.

corredizas. Venía huyendo en dirección a ella, y al parecer lastimado, pues en lugar de trepar velozmente a las columnas como era su costumbre, se le acercó cojeando. Detrás del animal venía el hijo del señor de Horikawa, blandiendo una delgada rama y amenazándolo.

—¡Ladrón de naranjas! ¡Te castigaré, te castigaré!

Y lo perseguía por el corredor. La joven observaba indecisa, cuando en un instante el animal se prendió de su amplia falda, al tiempo que chillaba lastimosamente… Ella no pudo menos que compadecerse, y sosteniendo en una mano la rama de ciruelo, con la otra abrió rápidamente la manga del *uchigi*[27] de color violeta y lo acogió con cariño. Luego, saludó al niño con una profunda reverencia, a la vez que le decía con su voz suave y fresca:

—Señor, es un pobre animal. Le ruego le tenga compasión.

Pero el niño, que estaba excitado y de mal humor, al oír estas palabras se enardeció aún más y pateó el suelo repetidas veces.

27 Especie de sacón que las damas de la Corte llevaban sobre el kimono.

—¿Por qué lo protege? —protestó—. Es un mono ladrón de naranjas.

—Puesto que es un pobre animal… —repitió la muchacha, y agregó con sonrisa triste— y como lleva el nombre de Yoshihide, mi padre, me parece que lo castiga a él. No puedo soportarlo.

Pronunció estas palabras con cierta dureza. El joven señor pareció ceder y dijo:

—Bien, ya que lo pide en nombre de su padre, lo perdono.

Hizo esta concesión con visible contrariedad, y arrojando la rama al suelo volvió sobre sus pasos en dirección a la puerta corrediza.

III

Después de este incidente, la hija de Yoshihide y el mono fueron grandes compañeros. La muchacha le colgó al cuello un cascabel de oro atado con una cinta roja, y él no se apartaba por nada de su lado. Una vez en que ella se resfrió y se vio obligada a guardar cama, el mono permaneció a su lado con cara compungida, mordiéndose las uñas continuamente.

Ante esta situación, y aunque pueda parecer extraño, ya nadie se atrevió a maltratar al animal. Por el contrario, todos empezaron a quererlo, y hasta el joven hijo del señor de Horikawa, no solo empezó a darle caquis y castañas, sino que llegó a enfurecerse cuando supo que un samurái le había hecho daño.

Se cuenta también que el señor de Horikawa hizo comparecer a la joven juntamente con el mono, cuando tuvo conocimiento de la conducta de su hijo. Desde luego, no ignoraba la amistad que existía entre ella y el mono.

—Es fiel a su padre —dijo el señor—. Lo recompensaré.

La muchacha recibió del señor de Horikawa un *akome*[28] de color rojo vivo, en premio a su buen corazón.

El propio mono puso una nota graciosa en esta escena cuando se adelantó reverente a recibir la recompensa de su ama, hecho que dibujó el buen humor en el rostro del señor. Desde aquel día, el señor de Horikawa comenzó a sentir una viva simpatía por la muchacha, tanto por su actitud con el mono como por el amor filial que implicaba la defensa del animal, y nunca por motivos inconfesables, como murmuraba la gente. Aunque debo admitir que en realidad hubo ciertas cosas oscuras que pudieron dar lugar a tales murmuraciones. De ello me ocuparé más adelante. Aquí solo quiero aclarar que, por hermosa que ella fuera, un señor como mi amo no podía soñar en correr ninguna aventura con la que era hija de un simple pintor a su servicio.

Después de haber sido honrada con esta audiencia, la muchacha, que era inteligente y modesta, no fue objeto de envidia por parte de las otras doncellas de la corte.

28 Ropa interior que llevaban las cortesanas, muy lujosa y profusamente bordada que se usaba para las fiestas.

Tanto ella como el mono, fueron desde entonces queridos por todos y en particular por la hija del señor, quien hizo de ella su compañera de todos los momentos, y la llevaba consigo siempre que salía en su carroza.

Pero dejaré un poco a la hija para seguir ocupándome del padre. Todos simpatizaban con el mono, mas a Yoshihide, que era un ser humano, seguían despreciándolo, y no cesaban de burlarse de él y de llamarlo «Saruhide». Y esto no solo ocurría en palacio. El *Sôzu*[29] de *Yokawa* lo detestaba con tanta vehemencia que a la sola mención de su nombre se horrorizaba como si se tratase del mismo demonio.

Aquí conviene señalar que esta aversión se atribuía al hecho de que cierta vez Yoshihide había hecho unas caricaturas alusivas a la conducta del sacerdote, pero, como comprenderán, son habladurías de la gente de la calle y no conviene otorgarles mayor crédito. Sea como fuere, la antipatía que inspiraba Yoshihide era compartida en todas las castas sociales. Solo uno que otro pintor amigo y algunas personas más, que lo conocían por su obra y no personalmente, se eximían de hablar mal de él.

29 Categoría de sacerdotes budistas que sigue al Shosci, el de más alto cargo.

Pues aparte de su aspecto repulsivo, Yoshihide reunía otros defectos no menos importantes, de manera que el ser tenido como persona ingrata obedecía a su misma naturaleza.

IV

Era desvergonzado, haragán, avaro y codicioso, pero lo que más irritaba en él eran su prepotencia y ese enfermizo orgullo de considerarse el mejor pintor del Japón, convicción que él pregonaba como si llevase un cartel colgado de la nariz. Y como si esto fuera poco, se creía superior también en otros aspectos, y así se burlaba, por ejemplo, de las buenas costumbres y de la rectitud de los demás.

Cierto día —así lo refirió un discípulo que trabajó varios años en su taller—, cuando en el palacio de un noble un espíritu vengativo que había poseído a la famosa médium de Higaki anunció que por intermedio de ella transmitiría su terrible mensaje, Yoshihide tomó tranquilamente el pincel y la tinta china que estaban a su alcance y empezó a dibujar el rostro espantosamente transfigurado de la médium, desentendiéndose por completo del mensaje. La venganza del espíritu era para él una puerilidad.

A tal punto era perverso que a la sagrada *Mahâ'ri*[30] la pintaba con el rostro de una vulgar prostituta, y al *Acalanatha*[31] lo mostraba como a un villano infame. Siempre adoptaba actitudes insolentes, y si alguien se lo reprochaba, él respondía con sorna: «Dificulto que los dioses que pinto quieran vengarse de mí».

Al escuchar tales herejías de boca del maestro, los mismos discípulos quedaban pasmados, y algunos, temiendo un castigo divino, abandonaban el taller para siempre. En una palabra, se podría decir que era un hombre soberbio en extremo, que vivía convencido de ser el más genial pintor del universo.

Dicho todo esto, se comprende fácilmente lo que Yoshihide pensaba de su posición en el mundo pictórico. Su pintura era personalísima, tanto por el empleo del pincel como por la combinación de los colores, y por esa causa sus colegas lo consideraban farsante. Ellos aducían

---

30 Kitsushû-ten, en japonés: diosa de la fortuna. En Japón, generalmente es representada como una hermosa mujer vestida ceremoniosamente, con una flor de loto en la mano izquierda.

31 Acalanatha o aryacalanatha: fudô myoo, en japonés; el principal de los Cinco Reyes Iluminados (myoo), reverenciado especialmente por el budismo esotérico japonés como protector de la fe.

que mientras se hablara de un Kawanari o un Kanaoka[32], u otro pintor clásico, se podía decir, por ejemplo, que en una noche de luna parecía percibirse el exquisito aroma de las flores de ciruelo junto a las persianas de madera, o escucharse las dulces melodías de la flauta del cortesano, en fin, que sugerían hermosas ideas y sabían traducir bellos motivos, pero la obra de Yoshihide solo hablaba de cosas desagradables y sombrías. En la época en que ilustró el pórtico del Templo *Ryugaiji* con el Círculo de los Cinco Destinos[33], se decía que quien pasaba a medianoche cerca del lugar podía escuchar los llantos y los lamentos de las figuras pintadas. Se contaba también que cuando ejecutó por encargo del señor de Horikawa los retratos de varias cortesanas, las retratadas fallecieron en menos de tres años víctimas de una extraña enfermedad. En opinión de personas malignas, esto se debía a que la pintura de Yoshihide era como él: irreverente y demoniaca.

Como les iba diciendo, Yoshihide era un hombre poco común, de modo que lejos de afligirse se jactaba de

---

32 Dos famosos pintores de la época Heian.

33 Motivo de origen budista en el que se representan en círculo los destinos que aguardan al hombre después de su muerte según la conducta observada en vida; son: el Paraíso, el Hombre, el Infierno, la Bestia y el Demonio; en los templos budistas de la India se pintaba este círculo en los pórticos.

suscitar estos rumores. En cierta oportunidad, el mismo señor de Horikawa, bromeando, le dijo:

—Entiendo que a usted solo le agradan las cosas feas. ¿No es así, Yoshihide?

A lo que él contestó con inaudito descaro, y con una sonrisa sarcástica en sus labios colorados:

—Exactamente. La belleza de lo feo es lo que no pueden comprender esos pintores ordinarios.

Aunque fuese el primer pintor del Japón, no se justificaba la insolencia que había gastado con el señor. El discípulo que les mencioné antes, le puso el apodo de Chira Eiju para satirizar su insolencia y su vanidad. Como saben, Chira Eiju es un *tengu*[34], que en una época pasada vino desde la China, pero este Yoshihide, este descarado Yoshihide tenía, a pesar de todo, una virtud: la capacidad de amar humanamente.

34 Genio mitológico del Extremo Oriente, de larga nariz y famoso por su soberbia.

V

Yoshihide sentía un cariño entrañable por su única hija, joven bondadosa de temperamento sensible, que correspondía a ese amor de padre. Pero este cariño del pintor por su hija excedía los límites normales. Les parecerá increíble, pero cuando se trataba de comprarle kimonos o accesorios para su peinado, Yoshihide, que siempre había negado hasta el más pequeño óbolo a los templos, gastaba su dinero con largueza.

Quería y cuidaba celosamente de su hija, mas sin ningún propósito definido, como el de tener un buen yerno, por ejemplo, cosa en que no había pensado ni en sueños. Si alguien hubiese pretendido acercarse a ella con propósitos deshonestos, no habría vacilado en reunir a unos cuantos forajidos para que lo apalearan cualquier noche. Este desdén por el porvenir de la muchacha se puso de manifiesto cuando esta fue requerida por el señor de Horikawa para servir en palacio. El pintor no ocultó su contrariedad, y aun después de transcurrido un tiempo, cuando comparecía ante el señor no podía disimular su disgusto. Al difundirse el rumor de que el señor de

Horikawa había llamado a la joven sugestionado por su belleza, y la había llevado a pesar de la disconformidad del padre, la actitud de Yoshihide hacia el señor se tornó más suspicaz y desconfiada.

Aunque el rumor carecía de todo fundamento, lo cierto era que el pintor deseaba que su hija volviera a su lado cuanto antes. Por encargo de nuestro señor, Yoshihide pintó el *Mañjusri*[35], atribuyéndole el rostro de un joven favorito de aquel.

Como el retrato resultara excelente, el señor de Horikawa le anunció:

—Lo recompensaré por su magnífico trabajo. Pida lo que desee.

¿Qué es lo que piensa que respondió el atrevido a tamaña generosidad? He aquí sus palabras:

—Deseo que me devuelva a mi hija.

Este deseo hubiera podido ser satisfecho de servir su hija en otro palacio que no fuera el del señor de Horikawa,

35 Monju, en japonés: uno de los Bodhisattva, simboliza la inteligencia.

pero estando donde estaba, semejante irreverencia resultaba imperdonable. Ante este pedido, al buen señor, que era asimismo sumamente generoso, le asaltó un acceso de mal humor, y después de mirarlo un instante con expresión severa, le dijo secamente:

—Eso jamás.

Se levantó y se retiró disgustado. Hechos de esta naturaleza se produjeron repetidas veces. Recordándolo ahora, me viene a la memoria que a partir de entonces el señor empezó a mirar a Yoshihide con creciente frialdad. Y conforme esta actitud se iba acentuando, aumentaba la aflicción de la hija, que pensaba en la suerte que podía correr su padre, y cuando se retiraba a su habitación a menudo se la veía llorar, conteniendo los sollozos con la manga del kimono. Entonces empezó a crecer el rumor de que el señor se había enamorado de la joven. Algunos opinarían que la tragedia relacionada con el Biombo del infierno habría ocurrido por negarse la hija del pintor a acceder a los requerimientos del señor, pero es absurdo suponer que haya podido suceder tal cosa.

A nuestro parecer, el motivo de que el señor de Horikawa no quisiera restituir la joven a su hogar era

justamente la conveniencia para ella de vivir en palacio sin ninguna preocupación, en lugar de hacerlo al lado de un hombre tan siniestro. Por supuesto, nadie niega que el señor sintiera simpatía por esa muchacha de virtudes tan señaladas; mas les repito: no era porque la desease, como muchas personas malintencionadas se empeñaron en sostener. Lo sensato es afirmar que fueron invenciones de las malas lenguas. Pero dejemos de lado estas habladurías y pasemos a referir lo que sucedió en el momento en que el señor se encontraba muy disgustado con Yoshihide. Repentinamente mandó llamar al pintor a palacio, y le encomendó la ejecución de un biombo que representase el infierno.

VI

Al mencionar el Biombo del infierno, vuelve a mis pupilas el violento colorido del cuadro tal como si lo tuviera delante de mis ojos.

Aun tratándose del mismo motivo, el haber sido pintado por Yoshihide ya indica un trabajo totalmente distinto al de cualquier otro pintor. En uno de los ángulos del biombo se hallaban, en pequeña escala, los Diez Reyes[36] y los guardianes, y el resto del cuadro aparecía cubierto en su totalidad por una hoguera infernal con llamaradas en remolino. Fuera de los puntos amarillos y azules de los kimonos al estilo T'ang[37] de los *myôkan*[38], dominaba el rojo agresivo de las llamas, y mezcladas entre el vivo color resaltaban las manchas de la tinta china, del negro humo y del oro de las chispas, en un fuego que parecía danzar alocadamente.

---

36 En el Más Allá budista están los Diez Reyes que interrogan a los espíritus acerca de la conducta que han observado durante su vida. Al séptimo día deben responder ante el primero, luego a los 27, 37, 47, y así sucesivamente hasta concluir con los diez, quienes determinan el lugar del infierno a donde deben ir.

37 Dinastía china, 618-906 d.C.

38 Funcionarios del infierno.

Solo esta furia del pincel habría bastado para asombrar a los espectadores, sin contar los condenados que sufrían al ser pasto de las llamas, muy diferentes a los de los cuadros que uno solía ver. Eso se explicaba, ya que los condenados, desde los nobles más eminentes hasta los más míseros mendigos, habían sido tomados de la realidad. Nobles de la Corte con sus kimonos de ceremonia, atrayentes cortesanas con sus itsutsu-ginu[39], sacerdotes orando con sus rosarios budistas, samuráis, estudiantes en alta geta[40], doncellas ataviadas lujosamente, hechiceros con sus equipos mágicos… Enumerar los motivos pintados sería interminable. Personajes fustigados por carceleros con cabezas de toro o de caballo huían en desorden en medio de las llamas y del humo sofocante; la mujer a quien le arrancaba la cabellera con el *sasumata*[41] podría ser una kamunagi[42]; en el hombre que tenía atravesado el pecho por un tehoko[43] y se precipita cabeza abajo como un murciélago, se reconocería a un joven funcionario del

---

39 Kimono que usaban las señoras jóvenes y que constaba de cinco atavíos superpuestos.

40 Calzado de madera similar a la sandalia.

41 Arma antigua en forma de rastrillo para derribar o rapar al enemigo.

42 Hombres o mujeres que servían en las ceremonias del sintoísmo; siendo hombre, okamunagi, siendo mujer, mekamunagi.

43 Arma antigua que en el extremo de un cabo de hierro llevaba una espada.

gobierno; además había quienes eran azotados con látigos de hierro o aplastados por enormes piedras; algunos eran picoteados por extrañas aves de rapiña y otros mordidos por dragones venenosos… Se hallaba tanta variedad en las formas de castigo como en las clases de condenados allí registradas…

Pero en medio de este heterogéneo mundo de tortura, el cuadro más impresionante y terrible era el que representaba un carruaje tirado por bueyes que caía del cielo, atravesando un extraño árbol cuyas ramas semejaban espadas, y en cuya copa se amontonaban los espíritus condenados, todos con el cuerpo atravesado. La cortina de la carroza era agitada por el viento infernal, y en su interior se veía a una cortesana ataviada con un lujo propio de las *nyôgo*[44] o de las *kôi*[45] , debatiéndose desesperadamente, con sus negros cabellos revueltos y un cuello de impresionante blancura entre el rojo de las llamas. Tanto la doncella como la carroza envuelta en ese denso fuego, reflejaban el atroz padecimiento y la terrorífica visión del infierno. Me atrevo a deciros que todo el horror del cuadro estaba simbolizado en esa

44 Doncellas de la categoría más elevada que servían en la Corte.

45 Doncella que servía en la Corte, y que seguía en jerarquía a las nyôgo.

sola persona. Era tan magistral la ejecución del Biombo que el que lo veía creía oír las desgarradas voces de los condenados.

Pero temo haber alterado el orden de la historia en mi apresuramiento por hablarles del Biombo del infierno. Seguiré con Yoshihide, a partir del momento en que el señor de Horikawa le encargó la ejecución de la referida obra.

VII

Durante cinco o seis meses consecutivos Yoshihide vivió encerrado en su taller sin visitar el palacio. Conducta extraña en aquel hombre que tanto amaba a su hija, cuando empezó a trabajar se olvidó inclusive de ella. El discípulo de quien les hablé refería que, cuando Yoshihide empezaba a pintar, se abstraía totalmente y parecía iluminado por algún espíritu superior o imbuido de algún encantamiento. Lo cierto es que en ese tiempo se comentaba que el secreto de su éxito estaba en sus plegarias al *Fukutok-no-ôkami*[46] con quien había sellado un pacto. Esto sostenían quienes decían haberlo espiado mientras pintaba y habían visto a los fantasmas de varios zorros rondándolo. Según he oído decir, cuando empezaba a pintar se olvidaba de todo. Se encerraba en el taller día y noche y muy raramente lo abandonaba. Particularmente, en el caso que nos ocupa, pudo verse que su inspiración y fervor artístico cobraban especial intensidad.

46 Dios de la suerte y de la fortuna.

Su aislamiento de todos lo llevó a bajar las persianas en pleno día, preparar a la luz de la lámpara de aceite los colores que eran su secreto y vestir a los discípulos con diversos trajes para posar, pero su febril inspiración no se detenía allí. Aun sin tratarse del Biombo del infierno, el solo hecho de pintar era suficiente para inspirarle rarezas, que él consideraba lo más natural del mundo. Por ejemplo, cuando ejecutó el *Círculo de los Cinco Destinos del Templo Ryugai-ji*, se colocó tranquilamente frente a los cadáveres que encontró en el camino, de los que las personas comunes apartaban la vista horrorizadas y se dedicó a dibujar detenidamente esos rostros y cuerpos putrefactos.

¿Qué les quise decir cuando afirmé que su fervor había cobrado especial intensidad? Seguramente muchos lo encontrarán inexplicable. Pero aunque me faltaría aquí el espacio para detallar todos los sucesos, les narraré los puntos principales. Los hechos fueron más o menos los siguientes.

Cierto día el discípulo de quien ya les hablé, estaba atareado en mezclar los colores, cuando se le presentó inesperadamente el maestro:

—Pensaba hacer una siesta —dijo—, pero esto días duermo muy mal.

Como no le pareció extraño que el maestro no pudiera dormir, el discípulo contestó indiferentemente, sin interrumpir su labor:

—¿De modo que no puede conciliar el sueño?

Mas, cosa insólita, el maestro se mostró entristecido y continuó:

—Quiero pedirle que se quede a mi lado mientras yo esté acostado.

Pronunció estas palabras con visible timidez. Al discípulo le pareció extraño que el maestro se afligiera por los sueños, pero como nada le costaba complacerlo aceptó, diciendo que no tenía ningún inconveniente, a lo que Yoshihide, aún preocupado, le dijo titubeando:

—Bueno, quiero que me acompañe al cuarto interior. Y cuando vengan los demás discípulos, no les permita pasar.

Esa habitación era el estudio de Yoshihide. Como de costumbre, las persianas estaban cerradas, y a la débil claridad de una lámpara podía verse el boceto del biombo hecho con *yakifude*[47] y colocado en posición vertical. El maestro se acostó, y poco después dormitaba con la cabeza apoyada sobre un brazo. Antes de una hora, el discípulo fue sorprendido por extrañas e incomprensibles voces que provenían de la cabecera del lecho junto a la que se hallaba sentado velando el sueño de Yoshihide.

---

47 Especie de carbonilla para dibujar en forma de pincel.

VIII

Al principio eran solo sonidos, pero al rato llegó a percibir palabras entrecortadas, como de alguien que se estuviera ahogando y pidiera auxilio dentro del agua. Finalmente, comprendió algunas frases.

—¿Qué? ¿Que vaya yo?… ¿Adónde?… ¿Que vaya a dónde? ¿Al fin del mundo?… ¿Que vaya al infierno? ¿Quién habla? ¿Quién dice semejante cosa? ¿Quién es? ¡Ah! Con que eres tú…

El discípulo detuvo la mano que revolvía la pintura y escrutó el rostro del maestro, pálido y cubierto por gruesas gotas de sudor, la boca abierta desdentada y los labios trémulos y arrugados. Dentro esa boca algo se movía como manejado por un hilo: era la lengua, de ella salían las palabras delirantes.

—Con que eres tú… Tú. Desde un principio supe que eras tú. ¿Qué? ¿Qué viniste a buscarme? Por eso quieres que vaya al Infierno, a ese Infierno… ¿Qué? ¿Que mi hija me espera allí?

En este punto el discípulo fue presa de tal terror que creyó ver bajar una sombra misteriosa rozando la superficie del cuadro. Tomó por la mano al maestro. Y lo sacudió con fuerza, pero no consiguió arrancarlo de su postración y continuó oyendo frases incoherentes. Le arrojó entonces al rostro el agua que tenía al lado para lavar los pinceles.

—¿Que me estás esperando, y que suba a la carroza?… ¿En esta carroza?… ¿Al infierno?… —proseguía delirante.

Al decir estas últimas palabras su voz se convirtió en un lamento agudo, estrangulado. Por fin abrió los ojos y se levantó sobresaltado. Tenía la mirada perdida y el semblante demudado, como si en el fondo de los ojos continuase viendo los fantasmas del sueño. Volvió en sí, se levantó y dijo ásperamente al discípulo:

—Puede retirarse.

Este se retiró sin protestar porque sabía que las órdenes del maestro no se discutían. Cuando vio la luz del día se preguntó si no acababa de vivir una pesadilla. Luego se tranquilizó.

Pero puedo decirles que esto no fue nada. Un mes más tarde, otro discípulo fue llamado al taller. El maestro lo recibió con la punta del pincel en la boca y ordenó:

—Lo siento, pero tendrá que desnudarse como la vez pasada.

Como ya anteriormente le había pedido que posara desnudo, no le asombró la orden y se apresuró a cumplirla. Cuando terminó de desvestirse, Yoshihide le dirigió una mirada extraña y agregó:

—Pero esta vez quiero dibujarlo con cadenas de modo que, aunque lo lamento mucho, tendrá que hacer lo que le mando.

Hablaba fríamente. No parecía lamentarlo mucho. El discípulo era un hombre robusto que se diría nacido para manejar la espada y no el pincel, pero las palabras del maestro lo dejaron tieso. Comentaba luego cada vez que recordaba ese momento: «Creí que había enloquecido y que me mataría».

Un poco fastidiado por el aire irresoluto del discípulo, Yoshihide extrajo de no se sabe dónde una fina cadena de

hierro, y haciéndola sonar, se le abalanzó por la espalda y lo maniató en un momento, rodeó su cuerpo con varias vueltas oprimiéndolo con brutalidad, y ajustó con tanta violencia la punta de la cadena que el discípulo perdió el equilibrio cayendo ruidosamente sobre el piso.

IX

Podría agregar que en tal estado el pobre discípulo tenía la apariencia de un tonel, estrechamente atado de pies y manos. La única parte del cuerpo que podía mover era el cuello. Además, tratándose de un hombre robusto y sanguíneo, el rostro, el torso y los muslos se le iban enrojeciendo por la intensa y persistente presión de las cadenas. A Yoshihide parecía importarle poco la situación del discípulo, y no cesaba de dar vueltas en torno de él, dibujándolo detenidamente. No creo necesario describiros el suplicio del discípulo durante ese tiempo.

Sin embargo, ese sufrimiento sería solo el comienzo. Por fortuna (aunque más adecuado sería decir por desgracia), un momento después, desde una tinaja colocada en un rincón del taller, partió serpenteando una mancha larga y angosta, como de aceite negro. Al principio se movía lentamente, como si fuera algo pegajoso, pero luego se deslizó con suavidad, brillando con intermitencias, hasta llegar a las propias narices del discípulo. Este, al verla, gritó, aterrado:

—¡Una serpiente, una serpiente!

Como él mismo diría después, sintió que se le helaba la sangre, y con sobrada razón.

En ese momento la serpiente tendió la fría punta de su lengua hacia la blanca piel del cuello que la cadena ceñía dolorosamente. Ante esta eventualidad, el mismo Yoshihide se precipitó. Arrojó el pincel, se agachó y rápidamente tomó el reptil por la cola y lo suspendió en el aire. La serpiente, retorciendo el cuerpo y alzando la cabeza, trataba en vano de alcanzar la mano que la aprisionaba.

—¡Diablos! —gritó Yoshihide—. ¡Me arruinaste un dibujo!

Enfurecido, arrojó la serpiente en la tinaja, desencadenó de mala gana al discípulo y ni siquiera le dio las gracias ni lo consoló. Era evidente que le preocupaba más el dibujo fracasado que el peligro corrido por su discípulo. Debo decirles que la serpiente que había aparecido tan importunamente era uno de los elementos de trabajo que el maestro acostumbraba manejar; de eso habría de enterarme tiempo después.

Con la sola mención de estas locuras habrían comprendido a qué grado de desenfreno llegaba el entusiasmo pictórico de Yoshihide. Pero antes de terminar, tengo que contarles una anécdota más. Se refiere esta vez a un muchacho de trece o catorce años, que por causa del Biombo sufrió un accidente que casi le cuesta la vida.

Una noche este discípulo, que tenía cutis blanco como una mujer, fue llamado al taller del maestro. Yoshihide estaba junto a una lámpara, y en la palma de la mano tenía un trozo de carne o algo parecido, que daba a comer a un ave rara, nunca vista por el muchacho. Su tamaño podía ser el de un gato común. ¿Semejante a un gato? Sí. Mirando con atención, las plumas de la cabeza sobresalían como orejas y los ojos blancos, grandes y redondos eran como los de un gato.

X

Yoshihide era un hombre al que no le agradaba ver mezclados a los demás en sus asuntos. Entre otras cosas, nunca mostraba a sus discípulos lo que tenía en el taller, un cúmulo de objetos entre los que figuraba la serpiente que ya les mencioné. A veces aparecía una calavera sobre la mesa, o bien eran bolas de plata o algún *takatsuki*[48] adornado con motivos de *maki-e*[49], que formaban parte de la extensa variedad de objetos extravagantes que, según lo exigía el cuadro que pintaba, iban sirviendo como modelo. Lo raro era que no se supiera dónde guardaba todo ese arsenal de rarezas cuando no lo utilizaba. Es probable que la creencia de que Yoshihide tenía un pacto con el Dios de la Suerte y de la Fortuna tuviera su origen en misterios como este. El discípulo observaba con temor el ave de orejas de gato, mientras tomaba el alimento, y pensó que se la utilizaría en la ilustración del Biombo. Preguntó respetuosamente si deseaba algo, pero Yoshihide, como si no lo oyera, se lamió los rojos labios y señalándole el ave con el mentón, le dijo:

48 Especie de bandeja con cuatro patas cortas.

49 Pintura sobre objetos de laca, que se realiza empleando polvo de oro y plata.

—¿Qué le parece? ¿Verdad que está domesticado?

—¿Qué clase de ave es? —preguntó el discípulo—. Es la primera vez que veo un pájaro semejante.

El discípulo observaba con temor el ave de orejas de gato. Con sonrisa burlona, Yoshihide replicó:

—¿Cómo, dice que nunca lo vio? La gente de la ciudad no sabe nada. Esta ave se llama *mimizuku*[50]. Me la trajo un cazador hace tres días de *Kurama*. Pero amaestrada como esta no debe haber muchas.

Y diciendo esto, al ver que había terminado de comer la carne, levantó la mano lentamente y acarició el lomo del ave de abajo hacia arriba. Como si esto fuera una orden, el ave lanzó un graznido corto y agudo, y alzando vuelo atacó sorpresivamente al discípulo en el rostro. Si en ese momento el muchacho no se hubiese cubierto con la manga del kimono, es seguro que habría recibido más de dos rasguños. Intentó espantarla, pero esta, revoloteando y lanzando chillidos siniestros, renovó el ataque… Olvidado de la presencia del maestro y

50 Búho con cuernos.

atento tan solo a defenderse, el discípulo, levantando o agachando el cuerpo, corría despavorido por la pequeña habitación.

El ave seguía todos sus movimientos, acechándolo para atacarlo directamente a los ojos. En cada embestida batía las alas furiosamente. Aquello tenía algo de macabro que producía un malestar indefinible, como el olor de las hojas muertas o las salpicaduras de las cascadas, o como el agrio aroma del *sarusake*[51]. Al decir del discípulo, creía hallarse sumergido en un valle solitario, y hasta la luz mortecina de la lámpara le pareció el pálido reflejo de la luna.

Pero, aunque horrorizado por el ataque del ave, lo que estremeció al muchacho fue ver cómo el maestro, con pasmosa tranquilidad, se deleitaba reproduciendo el terrible momento. Por un instante creyó que moriría en manos de Yoshihide.

51 Licor que se produce por las frutas que guardan los monos en los huecos de los árboles.

XI

Era lógico suponer que el maestro podría ocasionar la muerte de su discípulo, puesto que lo había llamado con la expresa intención de pintar una escena fríamente planeada por él, adiestrando de antemano al pajarraco. Esto lo vio claramente el joven cuando comprendió su situación, y volvió a cubrirse el rostro con las mangas del kimono para defenderse del asedio. Gritó algo ininteligible y se acurrucó en un rincón del cuarto al lado de la puerta corrediza. En ese momento, Yoshihide gritó a su vez y pareció que se había levantado, mientras el batir de alas se hacía más intenso, seguido de un estrépito de objetos rotos. Volvió a alarmarse el discípulo, y cuando trató de ver se encontró con el taller a oscuras y el maestro llamando furiosamente a los otros discípulos.

Instantes después se oyó una voz y apareció alguien con una lámpara en la mano. A la luz intensa se vio un cuadro desastroso. El aceite de la otra lámpara se había derramado por el piso, y el ave, con las plumas empapadas en el líquido, se debatía afanosamente. Yoshihide contemplaba la escena con espanto desde el

lado opuesto de la mesa, mientras mascullaba frases ininteligibles. No era para menos; una víbora negra se había enroscado al ave, apresándole el cuello y una de las alas. Posiblemente el discípulo, al agacharse, había volcado la tinaja donde estaba la serpiente, y cuando el ave quiso atraparla se habían trabado en lucha. Los dos discípulos se miraron estupefactos, y por un instante contemplaron asombrados el extraño espectáculo, pero se apresuraron a saludar al maestro y a retirarse del taller. De cómo terminó el duelo entre el ave y la serpiente, nadie supo decir nunca nada.

Incidentes de esta especie continuaron sucediéndose. Había olvidado decirles que cuando fue encargada a Yoshihide la ejecución del cuadro estábamos a principios de otoño, y como la extraña conducta del maestro duró hasta finalizar el invierno, durante este periodo los discípulos vivieron en un temor constante. Al fin del invierno, algo pareció dificultar la labor de Yoshihide. Se tornó más sombrío y cada día hablaba con mayor irritación. Al mismo tiempo, y cuando parecía concluido, el cuadro quedó paralizado. No solo no había adelantado el trabajo, sino que hasta parecía haber borrado algunas partes.

Pero nadie sabía qué parte de la obra era la que no podía terminar ni nadie se preocupó por saberlo. Los discípulos, hastiados ya de la conducta del maestro, no quisieron acercársele; era como compartir la jaula con un tigre o un lobo.

XII

En realidad, nada especial puedo contarles sobre lo que aconteció durante ese tiempo. Podría agregar, eso sí, que el caprichoso anciano se había vuelto muy sentimental, y cuando estaba solo lloraba silenciosamente. Cierto día, un discípulo debía llegar hasta el jardín, y allí encontró al maestro con los ojos llenos de lágrimas, contemplando distraídamente el cielo primaveral. Al verlo así, el discípulo se sintió inexplicablemente avergonzado y se alejó rápidamente. ¿No les parece sugestivo que ese arrogante artista, que para pintar el Círculo de los Cinco Destinos había dibujado tranquilamente los cadáveres del camino, empezara de pronto a llorar como un niño porque no conseguía un efecto para el Biombo del infierno?

Mientras Yoshihide se entregaba con ardor a la creación del Biombo, la hija se volvía cada vez más taciturna, a tal punto que nosotras mismas llegamos a ver huellas de lágrimas en sus ojos. En esa muchacha de rostro lánguido, de tez blanca y de aire modesto, el estar triste parecía tornar sus pestañas más espesas sombreándole los ojos

y acentuando aún más su abatimiento. Al principio se pensó que obedecería a una lógica preocupación por su padre, a quien profesaba tanto cariño, o bien que estaría enamorada, pero con el tiempo la gente lo atribuyó a que el señor de Horikawa le habría exigido que se le entregase. Cuando esta versión se generalizó, ya nadie habló más de ella.

En ese tiempo ocurrió algo que pasaré a contarles.

Una noche, a hora muy avanzada iba yo por un corredor, cuando de algún lado saltó sorpresivamente el mono Yoshihide, y empezó a tirarme de la falda del kimono. Era una tibia noche de luna, en la que empezaba a insinuarse el aroma de los ciruelos en flor.

Bajo la luz de la luna me asombró ver al mono chillar como enloquecido, arrugando la nariz y mostrando sus blancos dientes. Confieso que en ese momento sentí algún miedo, y temerosa de que me rasgara el kimono nuevo, al principio pensé darle un puntapié, pero me acordé de aquel samurái que lo había maltratado. Por otra parte, la actitud del mono era bien extraña y me dejé conducir unos pasos sin pensar en nada preciso.

Al llegar a un ángulo del corredor desde donde se dominaba el amplio jardín con su fuente resplandeciente bajo la luz de la luna, vinieron a mis oídos unos ruidos ligeros como de personas que lucharan en silencio. Hallé insólito este ruido repentino en medio de aquella quietud, quebrada solo por el chasquido de los peces en la fuente. Me detuve, y al acercarme a la puerta corrediza de donde provenía, escuché con atención para ver si se trataba de ladrones, en cuyo caso pensaba enfrentarlos decididamente.

XIII

Al mono parecía resultarle demasiado lento mi proceder, y comenzó a dar saltos a mi alrededor lanzando sus agudos chillidos. De pronto, se encaramó en mis hombros. Quise evitarlo y aparté instintivamente el cuello para eludir sus uñas, pero él se me aferró a la manga del kimono para evitar su caída. Perdí el equilibrio, y al trastabillar golpeé con la espalda en la puerta corrediza. No quedaba otro recurso: me puse en acción.

Abrí rápidamente la puerta y me dispuse a penetrar en el oscuro recinto hasta donde no llegaba la luz de la luna. Pero, en ese instante, algo obstaculizó mi visión… Mejor dicho, me sorprendió una mujer que salía corriendo del cuarto y que en su precipitación tropezó con algo y cayó de rodillas. Jadeante, me miró atemorizada, como si encontrara terrible mi presencia.

Que esa persona era la hija de Yoshihide no creo necesario aclararlo, aunque esa noche la encontré totalmente distinta y convertida en una mujer atractiva. Tenía un brillo particular en los ojos y el rostro se

adivinaba encendido. El desorden en las faldas del kimono le confería una voluptuosidad contraria, a su modalidad casi infantil. ¿Era esta la modesta y frágil muchacha de siempre?… Apoyándome en la puerta corrediza, y oyendo aún los pasos nerviosos de alguien que se alejaba, observé a la hermosa muchacha a la claridad de la luna; mis ojos, al mirarla, le preguntaban quién era esa persona.

La hija del pintor apretó los labios y sacudió la cabeza en un gesto lleno de angustia. No me quedaba duda de que era presa de una gran contrariedad.

Me acerqué a su oído y le pregunté en voz baja:

—¿Quién es?

Mas la joven hizo un signo negativo con la cabeza y no hablé. Las lágrimas le humedecían las pestañas y un rictus de amargura se dibujaba en su boca.

Comprenderán que soy de esas personas que nada comprenden fuera de lo que ven, de modo que tampoco en este caso pude deducir exactamente lo que había sucedido. Nada podía decir a la joven puesto que ella

callaba; por un largo rato permanecí de pie, a su lado, como para escuchar mejor el acelerado latir de su corazón. Al mismo tiempo, tuve una sensación de culpa y me arrepentí de mi insistencia.

No recuerdo exactamente el tiempo que había transcurrido cuando atiné a cerrar la puerta. Entonces me dirigí con amabilidad a la muchacha, que ya estaba más tranquila, y la insté a que volviese a su habitación. Regresé por el corredor un poco avergonzada y con un peso en mi conciencia, al saber que había sido testigo de algo que no me concernía, y me asaltó un temor irracional. No había andado diez pasos cuando sentí que alguien tiraba tímidamente de mis faldas. ¿Quién piensan que era? Nada menos que el mono, que haciendo gestos como si fuera una persona, inclinaba la cabeza repetidas veces haciendo sonar el cascabel de oro que llevaba al cuello.

XIV

Unos quince días después de aquella noche, Yoshihide se presentó en palacio y solicitó una audiencia al señor de Horikawa. A pesar de pertenecer Yoshihide a una casta muy inferior, en razón de las circunstancias especiales que ya conocemos, el señor le concedió gustosamente una entrevista, si bien no tenía por costumbre hacerlo, cualquiera fuese la persona que lo solicitara.

El pintor vestía el kimono de siempre y un gastado sombrero. Era evidente que estaba preocupado y de mal humor. Saludó al señor con reverencia y dijo:

—El Biombo del infierno que me encargó ya se encuentra casi concluido pues he trabajado con sostenido empeño por espacio de muchos días.

—Lo felicito por su esfuerzo. Me siento satisfecho.

No sé por qué, la voz del señor me pareció débil y poco entusiasta.

—No merezco ninguna felicitación —dijo el pintor, con la cabeza inclinada y gesto hosco—. Falta poco para que esté terminado, pero hay una sola parte que no consigo lograr.

—¿Cómo? ¿Hay algo que no consigue pintar?

—Se lo digo. En general me es difícil pintar lo que no veo. Y aunque llegue a pintarlo, nunca resultaría bueno, lo cual equivale a decir que no lo puedo pintar.

Al escuchar estas explicaciones, el señor de Horikawa sonrió irónicamente.

—¿Quiere decir que para pintar el Infierno tendría que estar viendo el mismo infierno?

—Exactamente. El año pasado pude presenciar un voraz incendio, cuyas violentas llamas eran comparables a las del infierno. Por eso me fue posible pintar el *Yojiri-Fudô*. Usted ya conoce esa obra.

—Pero ¿cómo representaría las almas condenadas y los guardianes del infierno?

—Ya he visto, señor, a hombres atados con cadenas. También tuve ocasión de pintar a una persona defendiéndose del ataque de un ave de rapiña. Le puedo decir que ya conozco los tormentos de los condenados. Respecto de los guardianes —Yoshihide sonrió maliciosamente—… a los guardianes los he visto varias veces en mis sueños. Algunos con cabeza de toro, otros de caballo; los había con tres cabezas, seis brazos y seis piernas. Esos demonios golpeaban las manos sin hacer ruido, abrían la boca sin emitir sonido alguno y aparecían casi todas las noches para torturarme. Pero lo que yo deseo y no consigo es independiente de todo esto.

El señor parecía sorprendido. Por un instante miró el rostro de Yoshihide con irritación, y frunciendo el ceño le preguntó secamente:

—Entonces, ¿cuál es el motivo que no puede pintar?

XV

—Tengo pensado, señor, pintar en el centro del biombo un *biroge*[52] cayendo del cielo.

Dicho esto, levantó los ojos por primera vez y los detuvo en el señor. Se había hablado con harta insistencia de que cuando se trataba de su arte los ojos de Yoshihide adquirían un brillo especial.

En esa ocasión pude confirmarlo: su mirada era diabólica. Prosiguió:

—En el interior de la carroza, habrá una noble dama, con los cabellos revueltos y debatiéndose entre las llamas infernales. Tendrá una expresión de terror, mirando el techo y procurando protegerse con la cortina para que no la alcancen las chispas. Alrededor de ella me gustaría hacer revolotear diez o veinte pájaros fantásticos. ¡Ay! ¡Esta es la escena que no puedo lograr!…

52 Carroza antigua que usaban en la Corte los nobles de las más altas jerarquías; se adornaba con hojas de palmera.

Por algún motivo que no alcancé a comprender, el señor pareció entusiasmarse. Su enigmática sonrisa incitaba al pintor a extenderse en sus visiones.

Y ya con los labios temblorosos y como dominado por un fuego interior, prosiguió ensimismado:

—No puedo pintar eso…

Repitió de nuevo lo que ya había dicho y, súbitamente, exclamó con vehemencia:

—Le ruego, señor, haga que se queme una carroza delante de mis ojos. Y si fuera posible, dentro de la carroza… —se interrumpió bruscamente.

El señor de Horikawa sintió un estremecimiento y su noble rostro se ensombreció. De pronto, estalló en una carcajada, y sin dejar de reír, respondió:

—Será complacido en todos sus deseos. No se aflija más, se lo ruego.

Al oír estas palabras en boca del señor tuve el vago presentimiento de que algo funesto habría de ocurrir.

Parecía haberse contagiado de la locura de Yoshihide. Así lo creí al ver sus labios húmedos y su frente contraída por los nervios.

Tras un breve silencio, el señor lanzó de nuevo una siniestra carcajada, como si algo le hubiera estallado adentro:

—Pondré fuego a la carroza. Tendrá también a la bella dama vestida lujosamente en su interior. No dudo de que solamente siendo el mejor pintor del país pudiera pensar en pintar a esa mujer sufriendo entre llamas voraces y asfixiada por el negro humo… Lo felicito, lo felicito…

Yoshihide empalideció súbitamente y comenzó a mover los labios con nerviosidad, pero eso solo duró un instante. Luego inclinó el rostro, y como si sus músculos se hubieran relajado repentinamente, dijo respetuoso y con voz apagada:

—Le agradezco la merced.

Quizá Yoshihide comprendió lo horrible de su idea a través de las palabras del señor, y eso habría hecho cambiar su actitud. Aquella fue la única vez que sentí alguna compasión por Yoshihide.

XVI

Pasados tres días, el señor de Horikawa llamó por la noche a Yoshihide y, fiel a su promesa, incendió una carroza en su presencia. Naturalmente, esto no podía hacerse en el palacio de los Horikawa; se eligió como escenario una antigua residencia que había pertenecido a la hermana del señor, situada en las afueras de la ciudad.

Hacía mucho tiempo que la vieja residencia había sido abandonada, y era en el inmenso jardín donde resultaban más visibles los estragos del tiempo. El aspecto abandonado había dado origen a rumores sobre la aparición del espíritu de la difunta hermana del señor, y se decía que en las noches sin luna, vistiendo una extraña falda de color rojo encima del kimono, recorría los largos corredores sin rozar el piso…

Les puedo asegurar que este rumor no era del todo inverosímil si se piensa que aun en pleno día el sitio es de los más desolados de la región, y cuando se pone el sol, el agua de la fuente suena lúgubremente y las garzas que cruzan el espacio estrellado se parecen a sombras monstruosas.

Era una noche oscura sin luna. A la luz de los faroles el señor, vistiendo el atavío de color amarillo pálido que usa la alta nobleza, con el escudo violeta grabado en relieve sobre el kimono, ocupaba en la terraza un asiento especial, del que se destacaban los bordes del almohadón forrado en seda blanca. Creo innecesario añadir que en torno de él había unas seis personas destinadas a su custodia. De un modo especial se destacaba la figura de un samurái, que después de la batalla de Michinoku, en la que a causa del hambre se había visto forzado a comer carne humana, había adquirido tal fortaleza que podía quebrar las astas de un ciervo vivo. Tenía puesto al parecer el *haramaki*[53] y llevaba la catana al modo *kamomejiri*, o sea con la punta hacia arriba. Permanecía sentado gravemente al lado del amo. Los circunstantes formaban un cuadro fantasmagórico, entrevisto solo fugazmente a la luz movediza de los faroles agitados por el viento.

La parte superior de la carroza que se encontraba en el jardín se perdía en la oscuridad, tenía las varas apoyadas en una especie de mesa, y sus ornamentos de oro refulgían como estrellas. El hecho de ser primavera

53 Tela que envolvía por debajo de las ropas la región abdominal.

no evitaba el escalofrío que provocaba la escena.

El carruaje lucía una pesada cortina azul profusamente adornada, que no dejaba ver su interior, y próximos se hallaban, estratégicamente situados, los sirvientes con las antorchas encendidas cuidando de que el humo no fuese en dirección a la casa.

Un poco más apartado, sentado delante de la residencia, se veía a Yoshihide. Vestía las ropas de costumbre, probablemente de color ocre, ajadas.

Parecía más pequeño e insignificante que nunca, como aplastado por el inmenso cielo estrellado.

Detrás había otro hombre tocado con *momieboshi*, sin duda un discípulo. Como ambos se hallaban en la penumbra y distantes de la terraza en que yo me encontraba, no podía distinguir el color de sus vestidos.

XVII

Se acercaba la medianoche. Las sombras que envolvían el jardín se hacían cada vez más espesas y parecían sofocar la respiración. Se oía el leve murmullo del viento trayendo el olor de la resina de las antorchas. El señor de Horikawa observó un instante más el extraño cuadro y luego, adelantándose, gritó con voz sonora:

—¡Yoshihide!

Este contestó algo, pero solo fue una exclamación.

—¡Yoshihide! Esta noche incendiaré la carroza, como me lo ha pedido.

Y miró de soslayo a los guardianes. Pudo ser una ilusión, pero me pareció ver que el señor y esos hombres cambiaban sonrisas de inteligencia.

—Observe bien. Esta carroza, como sabe, es la que siempre acostumbro usar. Dentro de un instante ordenaré que le prendan fuego, y le mostraré las llamas del infierno.

Dicho esto el señor miró de nuevo a los guardianes, y prosiguió en tono áspero.

—Dentro de la carroza se ha atado a una mujer. Al arder el carruaje, esa mujer perecerá, sufriendo los tormentos del infierno. Se quemarán su carne y sus huesos: será el modelo exacto que necesita para terminar el Biombo. No pierda detalle cuando se derrita su carne, blanca como la nieve. Tampoco deje de ver cómo los negros cabellos se transforman en chispas y se elevan hacia el cielo.

El señor se interrumpió. Una sonrisa silenciosa le sacudía los hombros.

—Será un espectáculo nunca visto —dijo—. Yo también estaré presente. Ustedes, aparten la cortina para que pueda verse a la mujer.

Uno de los sirvientes se acercó a la carroza, y mientras con una mano sostenía la antorcha levantó con la otra la cortina. La antorcha, crepitando, pareció arder con más fuerza en ese instante, y cuando iluminó el reducido interior de la carroza, se vio a una mujer que parecía atada en forma brutal. Esa mujer… ¿Quién no la reconocería? Sobre el lujoso kimono de ceremonia de las damas de la

Corte, bordado con motivos de cerezos, caían sus largos brazos y negros cabellos adornados con *sashi*[54] de oro que despedía intensos destellos. Esa mujer, que aquella noche lucía atavíos tan distinguidos y había sido atada y amordazada, esa pequeña mujer de perfil modesto y triste, era la hija de Yoshihide. Al reconocerla ahogué un grito.

En ese momento, el samurái que tenía adelante de mí se levantó rápidamente, y con la mano en la catana miró a Yoshihide. Sorprendida, miré a mi vez en esa dirección y vi cómo Yoshihide, seguramente sobrecogido de espanto por lo que acababa de ver, se había levantado de un salto y agitando los brazos intentaba correr hacia el carruaje. No le vi ninguna expresión, debido a la oscuridad y a la distancia.

Esta escena duró contados segundos. Un violento resplandor iluminó a Yoshihide —que parecía flotar atraído por una fuerza invisible—, y mostró la palidez mortal de su rostro.

La carroza ya era presa de las llamas cuando Yoshihide quiso correr en auxilio de su hija. El señor había dado

54 Adorno de metal para el peinado.

la orden, y los sirvientes habían arrojado las antorchas dentro de la carroza.

XVIII

El fuego se propagó rápidamente. Los flecos violáceos que bajaban del techo ardieron de un solo golpe, y por debajo de ellos salía un humo blanquecino, mientras las cortinas, las mangas del kimono y los adornos metálicos del cielorraso se consumían con increíble rapidez. El espectáculo era alucinante. Las llamas se alzaban al cielo y lo teñían de rojo, semejantes a una bola de fuego que al caer estallara en mil fragmentos. Yo había gritado un momento antes, pero viendo ahora el irreparable siniestro no hallé otro consuelo que contemplarlo, aturdida y desconcertada.

Pero ese padre, Yoshihide… No podré olvidar la expresión de su rostro. Su primer impulso fue precipitarse a la carroza, y al estallar el fuego quedó paralizado, con las manos en alto. Con ojos despavoridos escrutó la carroza en llamas; al resplandor del fuego pude ver hasta la raíz de la barba en aquel rostro apergaminado y sombrío. Los ojos desorbitados, los labios apretados y los músculos de la cara contrayéndosele nerviosamente reflejaban su miedo, su infinita angustia y un inmenso estupor ante la

espeluznante escena. Ni el reo cuando es decapitado ni el asesino cuando comparece ante los Reyes del Infierno mostrarían tanto horror y padecimiento. Hasta el famoso samurái que ya cité palideció a la vista de aquel hombre, y dirigió una tímida mirada al amo.

Pero este, a su vez con los labios apretados y sonriendo a intervalos con sarcasmo, no apartaba la vista del carruaje. Y en medio de las llamas… ¡Ay! No tengo fuerzas para dar los detalles del suplicio. La blancura de su rostro ahogado por el humo, los largos cabellos en desorden arrebatados por las llamas y sus hermosas ropas ardiendo como una tea… Imposible concebir una visión más despiadada. Sobre todo, cuando el viento cesó por un instante, el humo se desplazó hacia el lado opuesto a donde nos hallábamos, y pudimos ver con verdadero horror cómo en medio de esa hoguera, que parecía despedir chispas de oro, agonizaba una bella criatura forcejeando dolorosamente por quitarse las cadenas de su cuerpo. El espectáculo mostraba con elocuencia los tormentos del infierno. Un estremecimiento nos sacudió a todos.

En ese momento, como si el viento hubiese renovado su intensidad, vimos un remolino en las copas de los

árboles agitados de pronto por una ráfaga o un ruido extraño. Súbitamente, una bola negra se desprendió del techo y volando, o corriendo, pero sin tocar el suelo, se arrojó al carruaje en llamas. Saltó por entre las rejas ardientes a los hombros de la joven, lanzando un agudo grito de desesperación, y su eco dolorido se prolongó como un lamento detrás de la humareda. Una exclamación de espanto brotó de todas las gargantas: era el mono, que había quedado atado en el palacio de los Horikawa y que acaba de cruzar el cerco de fuego para prenderse a los hombros de la infeliz muchacha.

XIX

Pero solo fugazmente pudo verse el animal. El fuego estalló en sonora lluvia de chispas, y el mono y la muchacha se perdieron en el seno de una negra nube. En medio del jardín, la carroza refulgía devorada por las llamas crepitantes. Más que una carroza ardiendo parecía una espiral de fuego evolucionando con estrépito hacia el cielo oscuro.

Yoshihide se hallaba de pie ante la columna ardiente. ¡Qué caso tan extraño! El mismo que momentos antes vimos sufrir como arrojado en el mismo infierno, daba ahora muestras de un júbilo incontenible. Estaba fascinado, y sin reparar en la presencia del señor, contemplaba extasiado la macabra escena, ajeno al tormento de su hija. Parecía enajenado por la violenta llamarada y el suplicio de la desdichada.

Pero lo extraño no residía en esta bárbara actitud; por encima de ella se notaba que ese hombre insignificante había adquirido un aire de soberbia y de poder semejante

al que simbolizan los leones de los sueños[55]. Quizá por eso las numerosas aves ahuyentadas por el fuego parecían evitar el sombrero de Yoshihide. Probablemente hasta los pájaros habían presentido esa extraña majestad que parecía ceñirlo como en una aureola de inmortalidad, y se mostraban sobrecogidos por su actitud.

Todos nosotros, conteniendo el aliento, sentíamos el irresistible hechizo de esa alegría incontenible, y creíamos estar en presencia de un Buda milagroso. No podíamos dejar de mirarlo. Las llamas tiñendo de rojo la negra espesura de la noche, Yoshihide en arrobada contemplación. Era un cuadro solemne y excitante.

El señor de Horikawa se había transformado: intensamente pálido, despedía espuma por la boca, apretaba fuertemente las rodillas bajo el vestido violeta, jadeaba como una bestia sedienta.

---

55 El león era considerado animal mitológico por los antiguos japoneses; en los sueños simbolizaba el poder invencible.

XX

Ignoro quién pudo lanzarla, lo cierto es que la noticia de que el señor había quemado su carroza en los jardines de *Yukige*, se propagó por toda la ciudad y dio origen a las más variadas conjeturas. Lo primero que se preguntaban era el porqué de esa muerte tan horrible para la hija del pintor.

La mayoría opinaba que podía ser en venganza por no haber podido conquistar su amor. Creo, no obstante, que si el señor de Horikawa llegó a cometer esa enormidad, lo hizo con la expresa intención de que sirviera a Yoshihide de ejemplar castigo. Esto lo escuché una vez de los propios labios del señor.

También se le criticaba a Yoshihide su alma endurecida, ya que pretendía continuar el Biombo pese a haber causado la muerte de su propia hija. No faltaban quienes lo maldecían, y no lo distinguían de una bestia, por haber confundido los alcances de su amor de padre. El Sôzu Yokawa se contaba entre los que así pensaban, y solía decir al respecto: «Aunque sea un gran artista, desde

que olvida los cinco deberes del hombre, no merece otro destino que el infierno eterno[56]».

Un mes después el Biombo estuvo terminado. Yoshihide lo llevó a palacio para someterlo al juicio del señor. Se hallaba presente el Sôzu Yokawa, quien al ver la obra quedó estupefacto; todo el horror de una tempestad de fuego vibraba en la superficie con increíble fidelidad. El Sôzu, que habitualmente menospreciaba a Yoshihide, frente al Biombo no pudo menos que exclamar: «¡Magnífico!» Estaba maravillado. Recuerdo también la amarga sonrisa del señor al escuchar el elogio.

Desde que concluyó el cuadro nadie, por lo menos en palacio, se atrevió a hablar mal de Yoshihide. Era comprensible que cuantos veían el Biombo, aunque sintieran aversión por el autor, se impresionaran por tan extremado realismo.

Pero cuando su obra comenzaba a ser la admiración de todos, Yoshihide dejó de pertenecer a este mundo. A la noche siguiente de terminar el biombo se suicidó en su

---

56 Los cinco deberes consisten en respetar las relaciones entre soberano y súbdito, padre e hijo, marido y mujer, joven y anciano, y por último, entre amigos. También las cinco virtudes: caridad, honradez, gratitud, inteligencia y confianza.

propia habitación, ahorcándose con una cuerda. Acaso le resultó insoportable sobrevivir a la hija que tanto había amado.

El cuerpo del pintor fue sepultado en los fondos de su casa. De la pequeña tumba, azotada por el viento y las lluvias, ha de quedar una lápida borrosa sobre las piedras cubiertas de musgo.

"Muerto el hombre, con la catana aún mojada con su sangre, me volví hacia donde había quedado la mujer...

Colección
Lima Lee

